

BUEN HUMOR

PERIÓDICO
MUNICIPAL

29. MAR. 1925

40 CÉNTIMOS



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Esos tapices huelen muy mal.
—No son los tapices, señor, soy yo.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 174 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16.—Uno qué sí... y otro que no.

T NADA 5 EN LOS TONELLES—O
MEDIODÍA 150 ORIENTE
POLO PONIENTE

17.—De San Antón.

—¡Cualquiera pesa el *prima-tercia* con este

frío.

—Pues hay *dos-tercia* para pesar, Merlano.

—Yo no *dos-cuerda* nunca a la gente falta de

sentido.

—Pues mi tío el *fodo* ya está pesando y es

hombre muy sensato.

Concurso de pasatiempos de enero

Sorteo de premios.

Verificado públicamente en nuestra Redacción el correspondiente sorteo, resultaron agraciados los *pierdetiem-pistas* siguientes:

PRIMERA PREMIO.—Un billete de la Lotería Nacional, núm. 31.411 para el sorteo de primero de abril próximo venidero, a doña Encarnación Orbea, de Sestao.

SEGUNDO PREMIO.—Medio billete de Lotería Nacional de igual número y para igual sorteo que el anterior, a don Rafael Arizama, de Melilla.

TERCER PREMIO.—Tres décimos de lotería como los anteriores, a D. Eloy del Puerto, de Madrid.

Los agraciados podrán recoger sus premios en nuestra Administración, cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde.

Concurso de pasatiempos de febrero

Soluciones.

1. *Rapamascas*.—2. *Escalpelito*.—3. *Erizo*.—4. *Camuñas*.—5. *Cañamazo*.—6. *Ros de Olano*.—7. *Espadana*.—8. *Rabilargo*.—9. *Aguacero*.—10. *Aparajo redondo*.—11. *Páramo del Sil*.—12. *Pelcano*.—13. *Esclavitud*.—14. *Postulado*.—15. *La mala ley*.—16. *Espárragos*.—17. *Claustro*.—18. *Co-*



SOMBREROS
BRAVE
6 MONTERA 6

polón.—14. *Ornamento*.—20. *Bárbaros al frente*.—21. *Litera*.—22. *In artículo moris*.

Examinadas las 15.441 soluciones, han resultado completamente exactas las 75 que firman los *pierdetiem-pistas* relacionados a continuación:

1. Maruja G. Aznar, Valencia.—2. Pérez Casal, Villafranca del Bierzo.—3. Charito M. Cortés, Madrid.—4. Felisa M. Cortés, Madrid.—5. E. B. Eche-pare, Madrid.—6. Cristóbal Montejo, Toledo.—7. Rafael Arizama, Melilla.—8. Conchita Lorenzo, Madrid.—9. Carmen Gimeno, Madrid.—10. María Luisa Bes-ases, Madrid.—11. Fernando Peña, Ma-drid.—12. Concha Rodríguez, Sanian-der.—13. Joaquín Beltrán, Irún.—14. Dolores Naranjo, Portugalete.—15. Ra-món Maraver, Madrid.—16. Angeles G. Solache, Portugalete.—17. José Luis Mendu, Madrid.—18. Manuel G. Reyes, Madrid.—19. Encarnación Orbea, Ses-tao.—20. R. Medina Alonso, Portuga-lete.—21. Ricardo Abadía, Palencia.—22. Matilde Cortés, Madrid.—23. Jesús M. Cortés, Madrid.—24. Ana María Martínez, Madrid.—25. José Antonio Meza, Lora.—26. Concepción L. de Medrano, Madrid.—27. José Luis Ma-jada, Huesca.—28. Vicente Tórtola, Ma-drid.—29. Carlos Rivera, Madrid.—30. Mailde Maraver, Madrid.—31. Anidido Más, Sevilla.—32. Valentín Quintas, Melilla.—33. Alvaro G. Pintado, Ma-drid.—34. Antonio Ruiz Ruiz, Málaga.—35. L. Orgado, Albacete.—36. Simón

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solu-ción que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de marzo.

18.—Fineza.

V. V.
VOCAL PISTOLA

19.—Indicación.

(Fase).

NIEVE
OR
GRANIZO

López Jiménez, Jerez de la Frontera.—37. José P. Ropero, Soria.—38. Emilio Sierra, Barcelona.—39. Isidro Reñal, Zaragoza.—40. Enrique Pineda, Segovia.—41. Carlos de Aguilera, Toledo.—42. Joaquín Cortés, Madrid.—43. Luis de Arjona, Madrid.—44. Milegros de Lombardi, Bilbao.—45. Marceliano Pe-drero, Larache.—46. Germán, Madrid.—47. Mariano López, Madrid.—48. Elena J. Castro, Madrid.—49. Eloy del Puer-to, Madrid.—50. Antonio Sánchez, Ma-drid.—51. Clemente Rodríguez, Ma-drid.—52. Porfirio del Campo, Madrid.—53. Mercedes Pérez, Madrid.—54. José García González, Madrid.—55. Jaime Precios, Granada.—56. Luis Cancio, Valladolid.—57. Arturo de Sequera, Chafarinas.—58. Emilio San Martín, Chafarinas.—59. Joaquín Romero, Ma-drid.—60. Esperanza Prieto, Madrid.—61. J. Medialdea, Madrid.—62. Carmen G. Campos, Madrid.—63. Carmen Do-mínguez, Portugalete.—64. Sol Díaz Agero, Madrid.—65. Luis de Tabira, Bilbao.—66. Pedro Cuence, Al'acete.—67. Román Merín García, Madrid.—68. Joaquín G. Linares, Madrid.—69. E. de las N. Colvo, Madrid.—70. Marcos G. Mariela, Portugalete.—71. Eduardo de Otaduy, Portugalete.—72. Enrique Gillis, Guernica.—73. Antonio Peláez (que no nos dice cual es su pueblo).

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Pleza del Ángel, 5), a las seis de la tarde del día 31 del actual.



EN LAS MONTAÑAS

es donde busca Vd. el aire
y el sol, que proporcionan
salud y energía; pero si
quiere Vd. exponer su cutis,
sin peligro, al frío y al vien-
to, lávese siempre con

JABÓN HENO DE PRAVIA

Hermosea y protege la piel,
favorece la cohesión de los
tejidos y les da suavidad
y tersura. Es el jabón ideal
por la pureza de su pas-
ta, abundante espuma e in-
tenso y exquisito perfume.

PERFUMERÍA GAL
MADRID



MENÚ EN DÍA DE VIGILIA O LA LÓGICA DE UN CAMARERO



—¿Señor comisario?
—Servidor de usted.
—Buenas tardes...
—Magnífica tarde, sí, señor... ¡Quién pudiera en estos momentos dejar de ser funcionario público, para lanzarse por esas benditas calles madrileñas, bañadas de sol.

—¿Poetiza el señor comisario?
—Ahoro, ahoro nada más.
—¡Este comisario (hablando mentalmente) está malareta perdido!... En buena me he metido...

—¿Cómo estará la calle de Alcalá (El comisario contempla la calle y habla como si estuviera sólo, haciendo caso omiso del comparsiente.) ¡Cómo estará esa Castellana!... ¡Ese paseo de Recoletos!... ¡Ay, quién pudiera abandonar este penoso deber, aunque sólo fuera por dos horas, para contemplar tanta cara bonita, tanta mujer hechicera... para seguirlos!...
—¿A su edad, señor comisario?

—Sí, señor... ¡A mis cincuenta y cinco años cumplidos!... (Cambiando el tono, molesto por la observación.) Bien, ¿y usted qué es lo que deseaba?

—Yo, señor comisario, estoy que trino...

—Me lo figuro... Es usted canario... Se le conoce en el acento... ¿Quiere usted un terroncito de azúcar?...

—¿Se burla de mí porque es autoridad?...

—No, señor... Me pareció al escucharle que es usted...
—Soy de Las Palmas. Sí, señor...

—¿De la claque de algún teatro?...

—¡De Las Palmas, repito. (Mentalmente.) ¡Majareta perdido!...

—¡Ah, ya... sí... sí!... ¿Usted querrá tomar el olivo, ¿no?

—¡Increíble... intolerable

que todo un señor comisario se burle así de un ciudadano que acude a su autoridad!...

—¡Perdone!... Tiene usted razón... Pero estos días... Siento aforanzas... Los años mozos que vuelven con la savia primavera!... ¡Perdóname el ciudadano, y diga, diga al funcionario público cuanto deseal!...

—Vengo a presentar una denuncia, pero no vengo sólo... Mejor dicho... vengo en calidad de detenido.

—¿Como?

—¡Que me han detenido a instancias de un camarero!...

—¿Y cómo viene usted sin los guardias y sin el camarero que ha pedido su detención?...

—Me adelanté, bajo palabra de honor, para evitar el sonrojo de verme conducido por la calle, vistiendo este elegante chaquet de cola de pato, en cuyos faldaones van prendidos millares de corazones...

—¿Vanidoso también?

—¡Qué quiere usted! La savia... La primavera...

—Bien, al asunto...

—A eso voy, ya que, como usted ve, acaban de entrar el camarero y los guardias... Son estos que entran por la puerta...

—Diga el camarero: ¿por qué ha pedido usted la detención de este caballero?...

—Porque es un fresco...

—¡Cuidado, mucho cuidado con insultar a nadie en mi presencia!... ¿Por qué ha pedido su detención, vuelvo a preguntarle?...

—Pos verá el señor comisario... Yo estoy de camarero en el restorán «Los Cartageneros». El señor entró... se sentó en una mesa de mi turno y pidió la carta... Yo le serví lo que me pidió... Puré de legumbres... Potaje de espinacas y un plato de pescado... Y cuando el muy... trágón se embuchó todo, me armó un escándalo, no sé por qué, y se iba... a la calle sin pagarme la cuenta... Siete pesetas cincuenta céntimos.

—¿Todo cuanto dice este camarero, es cierto, caballero...

—¡Sí, señor!... Pero me explicaré... Yo soy un hombre limpio, aseado pulcro... Me gusta todo como los chorros del oro, y por esta causa me he negado a pagar la cuenta.

—¿No le sirvieron con toda limpieza?...

—El puré y el potaje, ¡psh!... podían pasar; pero el pescado, de ninguna manera... Póngase el señor comisario en mi lugar, y juzgue por su pecho... En el pescado, encontré un pelo largo...



Dib. SUEÑO.—Madrid.

—Tenga en cuenta el señor comisario—agregó tranquilamente el camarero—que el pescado era rayado.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Pero señor conisario, ¿cómo le iba a sacar la raya sin pelo?

El comisario miró un momento al camarero y dijo sentenciosamente:

—Tiene usted razón. Es usted un filósofo con la ralloja al hombro... Y usted, caballero, pague la cuenta o pasará, de lo contrario, a uno de los calabozos, con su *chaquet de cola de pato*, porque ha medido usted la pata...

José L. BARBERAN

UN AFICIONADO CASTIZO

El señor Indalecio es hombre que, a veces, tiene frases, como pudiera tener erupciones y recientemente ha dicho: «Los toros son para los hombres, como los hombres son para los toros». Dicho esto, se ha quedado tan descasado, como si con un sencillito esceto hubiera aliviado a su estómago de cierta pesadez digestiva y se ha puesto a hacer sus preparativos para asistir a la corrida. El señor Indalecio es de los

castizos, es de los que llaman a Fras-cuelo «el Negro», y de los que describen una corrida con todos sus detalles o sea desde la salida de los alguacillos, dirigiéndose al amigo que tienen más cerca para decirle: —Voy a poner un ejemplo de como el Melindres puso aquel par, usted es el toro.

Por regla general, el amigo pone una cara de vinagre que significaría una fortuna, echándola en una ensaladera

y replica: —¿No le sería a usted igual decir que el toro es uno de su familia?

—Hombre, Martínez, que no es más que una sencilla comparación.

—Pues, por eso, hágala usted con un tío suyo, que ha de ser de mayor confianza.

Para el la fiesta de los toros es lo único serio que existe en este país y cuando alguien le dice que también hay otras naciones en las que se vive bien y sin ver toros, replica: —¡qué se creen ellos eso! París, Londres, Chicago, serán poblaciones hermosas y felices, pues calculen ustedes lo que serían si encima de todo lo que tienen, tuviesen corrida. ¡El Paraíso moderno!

Cuando la temporada se va aproximando, siente cierto cosquilleo hacia la columna vertebral, como si por ella le pasasen el cartel de abono y el techo de su casa le tiene por completo deteriorado, a fuerza de dar saltos jubilosos. En las vísperas de corrida mira al cielo más veces que si vendiese paraguas y su negocio dependiese de la lluvia.

—¡A ver! ¿qué día hace?

—Un poco nublado.

—Es posible? ¿Es que ya no hay vergüenza aquí? ¿Es que las nubes se han hecho futbolistas? Como yo me levante de la cama y no haga sol, empujando a tiros con todo el mundo y no respeto ni al teniente de alcalde del distrito.

Afortunadamente, no hay tragedia y el señor Indalecio, puede dedicarse a terminar su vestimenta en paz y con tranquilidad, esperando con impaciencia que llegue el momento de dirigirse a la plaza y que él no cambiaría ni por la cruz de Carlos III libre de gastos.

—¡Ahora es cuando se van a ver los hombres! —dice inquebrantablemente—, todos los días al poner el pie en la plaza y dejar que su corazón se ensanche. Pero ¡ah! infortunio de los buenos aficionados, y el señor Indalecio es el primero, a pesar de llevar tantos años acudiendo a la plaza, no ha podido presenciar una corrida entera. Siempre le sucede el mismo disgusto.

—Señores, buenas tardes. Ya estamos aquí los buenos.

—Veremos que nos dan esta tarde.

—Lo de siempre, chicos.

Sale el primer toro y el señor Indale-



Dib. Mel. — Madrid.

EL SEÑOR DE PUEBLO en el cabaret. — ¡Oiga, camarero! Dos raciones de English Spoken.

—¡No lo dije? Una cabrita más o menos loca.

—No tanto.

—Si no tiene ni cuernos.

—¿Pues como los quiere usted?

—¿Yo? De ninguna manera, el toro era el que debería tenerlos. Claro, así harán filigranas esos fantoches.

—¡Oiga, amigo!, el fantoche lo será usted, que ahí está el Adobe chico que es un artista.

—Para la construcción.

—¡Ah! ¿Y usted por qué no se ha quedado en su casa haciendo calceta?

—Porque no es ocupación propia de mi sexo.

—¡Ha dicho sexo! ¿Si sabrá lo que es eso?

—¿Eso? Ahora lo verá usted.

Suena una bofetada, se enarbolan unos bastones, ruedan unos sombreros y el señor Indalecio y su contrin-

canie son sacados de la plaza por los guardias, antes de que se haya terminado el primer tercio. Luego viene el número de la Comisaría, a veces el de la Casa de Socorro y el señor Indalecio se reintegra a su domicilio a cosa de las ocho de la noche, donde es interrogado prudentemente por su costilla, que le conoce de memoria el programa teatral de su esposo.

—¿Qué tal la corrida?

—Hasta donde yo he visto, bien.

—¿No la has presenciado toda?

—No.

—¿Cuánto has visto?

—La salida del primero. ¡Maldita sea! Es que tengo mala pata, porque siempre me tocan al lado malos aficionados y pelmazos.

—Total, bronca.

—Sí, pero insignificante. Seguramente que es el juicio de fallos, no

tendré que pagar arriba de seis duros.

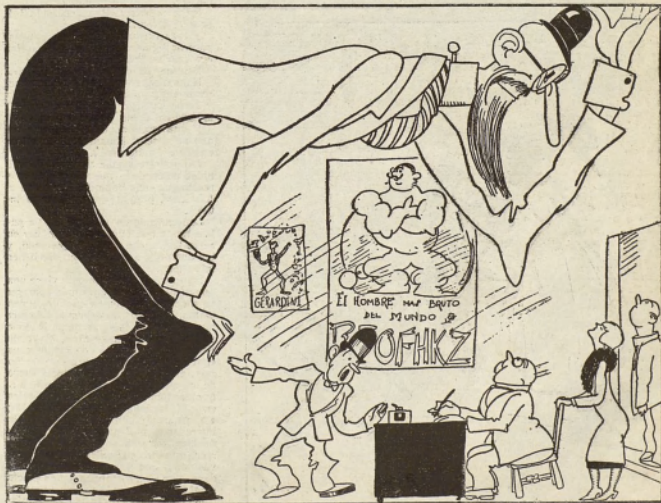
Es la costumbre; ida a la plaza, pelotera, estacazos, a veces lesiones y luego la multa correspondiente: Por algo dice el señor Indalecio, al referirse a las corridas de toros. —Yo hablo así, porque es una afición que me cuesta cara. Cada corrida me sale en cerca de diez duros.

—¿Caramba, amigo! Es que tomará usted un palco para usted solo.

—Un modesto tendido de sol y sombra, pero es que incluyo lo que luego tengo que pagar en el juicio de fallos.

Y lo malo para el señor Indalecio es que a pesar de su afición y de su dinero, no ha conseguido ver una corrida completa. Antes de que banderilleen al primer toro, ya está en la Comisaría del distrito.

A. R. BONNAT



D. SÁMA.—Madrid.

—Le traigo el enano más grande del mundo, que mide ocho metros de alto.

—¿Y cuánto quiere ganar?

—Por ser usted, a 12 pesetas metro.

LAS ESPAÑOLADAS

De vez en cuando, desde algún día, hay una voz que truena contra las *Españoladas*. — «Esa es la España falsa que ven los extranjeros, y de ahí el concepto que tienen de nosotros: dicen los escandalizados protestantes; y ello mueve a reflexionar sobre las *Españoladas*.

¿Son en verdad tan falsas? Tras un pequeño examen en el recuerdo, vemos que no. Sigue habiendo toreros, corridas de toros, asesinatos pasionales, ajusticiamientos a granel; el poder del clero sigue como siglos atrás; en Huesca hay personas que pretenden tener el demonio dentro de sí, y tratan de expulsarlo usando de los medios más pintorescos; muchas más pruebas daríamos en otros tiempos que confirmasen lo que decimos, pero por hoy

nos basta con éstas y con que cada cual eche un vistazo desapasionado a su alrededor, buscando cuanto encuentre de *Españolada*.

En nuestro amado país seguimos rindiendo un culto a la *pandereta*; fácil es de observarlo en estos tiempos de ejercicios; por otra parte, se organizan estudiantinas que, a pesar de aparecer retrasadas, siguen siendo las perfectas estudiantinas o sea formadas por una pequeña minoría de estudiantes, y no los mejores en las clases, y un gran núcleo de personas ajenas a los cursos universitarios. En la que va a ir a Italia, pensionada, figuran músicos de regimiento, un sacristán, etc., etc. Estamos lejos de encontrar mal esa estudiantina, precisamente por defender la *Españolada* y por creer que es una es-

tudiantina que reúne todas las condiciones clásicas. Vayan, pues, por el mundo, que siempre aprenderán algo para contarles al regreso a los estudiantes que se hayan quedado en las aulas.

No debemos de despreciar en modo alguno lo característico de nuestro país, y lo mismo que cuando nos visitan extranjeros los llevamos a comer a los lugares castizos y a presenciar corridas de toros y procesiones de encapuchados, los debemos de conducir a sermones de renombrados oradores y a ajusticiamientos; la España negra es la única que puede interesar a los amantes del color local.

Sería desastroso que fuese una compañía teatral española al extranjero con la misión de dar a conocer la verdadera España, y que en una revista titulada por ejemplo *Foot-ball*, hiciese desfilar la auténtica vida de nuestra nación.

Primer cuadro: «Una tarde en la Bolsa de Madrid»...

Y aparecerían unos señores que después de formar un corro comenzarían a vociferar valores.

Segundo cuadro: «Los thés del Ritz»...
Unas mesas y pollitas y pollitos merendando y baliando *Shimmy's*.

Tercer cuadro: «La acera del sol de la calle de Alcalá, por la mañana»...

Y una gran cantidad de personas que se pasean lentamente: «tol-etjes» elegantes, uniformes...

Así podrían seguir apareciendo infinidad de cuadros, que tal vez sean más reales que «una boda de gitano en el Albaicín», pero de mucho menos interés.

Los extranjeros inteligentes ya saben hasta qué punto han de tomar en serio la España que les presentan, y los que no lo son... esos no nos deben importar...

Es lo mismo que cuando viene una compañía de rusos y no más aparecer en escena, se ponen en cuclillas y dan saltos. Nosotros no debemos de creer que el pueblo ruso se pasa la vida en cuclillas y dando saltos, pero, sin embargo, apreciamos en su valor esos ejercicios. Lo que ocurre es que no nos interesa en tanto grado la Rusia de los ejércitos rojos... ni amarillos... que desfilan delante de sus generales en las fotografías de *L'Illustration*. No; como seres civilizados, nos debe interesar mucho menos esa clase de desfiles, ocurran en el país que ocurran, que otro cualquier trazo por convencional que sea, y que nos dé una sensación más romántica y más exacta en el fondo de lo que es aquel país.

No clamemos contra las *Españoladas*; la España de pandereta es tal vez la que podemos exhibir mejor por esos mundos.

Debemos todos de aprender a poner banderillas.

EDGAR NEVILLE



Dir. Max. — Madrid.

- Pero infeliz, ¿con qué objeto íbas a ahorcarte?
- Con una cuerda.
- ¿Y qué sacabas con esto?
- Probablemente, la lengua.



Dib. RAMÓN.—Madrid.

CADA COSA EN SU LUQAR

—¡Me da mucha risa pensar que papá me había pronosticado que por querer bañarme, me rompería los narices.

LOS VERDUGOS BENÉFICOS

A veces ocurre que está uno de pura broma hasta en un entierro y se rie uno en esa obra de misericordia de mejor gana que en una obra de retruécanos y asiracana las. Todo depende.

En la tragicomedia del teatro de la vida, van de la mano las risas y las lágrimas, lo sublime y lo ridículo, lo épico y lo bufo.

Don Pedro Calderón de la Barca que era un presbítero de buen humor, sin perjuicio de su sagrado ministerio y de su genio dramático, lo dijo:

*El mundo comedia es
y los que clien laueles
lucan primeros papeles
y a veces el entramés.*

Todo así viene a cuento o a historia del «derecho a matar», que se ha puesto de actualidad y que origina los prestables comentarios, entre trágicos para reír y sainetes para llorar, como diría D. Ramón de la Cruz.

Ya se habrán enterado ustedes del caso recientemente ocurrido en París. Una joven artista mató por amor a su

novio, joven poeta, compadecida de lo que sufría a consecuencia de una terrible enfermedad. Los tribunales de justicia la han absuelto.

El ejemplo ha candido. Poco después y también en la *Ville Lumière*, se repitió el homicidio caritativo. Vivían juntas dos hermanas, viejas solteras y sin recursos. A una de ellas, enferma, la quitó los dolores la otra aplicándole una cataplasma de plomo.

El procedimiento, digámoslo así, no tardó en pasar el canal. Cierta vicaría de Londres que había atendido contra su vida sin consumir el suicidio, por herido de gravedad, fué rematado fraternalmente. También una hermana suya se sintió compasiva.

Item más. Un médico norteamericano *salvó* a su propia hija administrándole una dosis mortal de morfina, y el señor Samuel Kish, ha inaugurado la moda en Pensilvania librando a su mujer de la neurastenia por medio de un tiro en la cabeza.

Mientras siguen las firmas, algunos periódicos han puesto el tema a

discusión. ¿Hay derecho a matar?

Hombre, le diré a usted. Eso depende... Por mi parte, según y conforme. Hay que distinguir. Si se trata, por ejemplo del caso de Lidia, francamente, explícitamente, rotundamente, no hay derecho, *monsiere*, no hay derecho.

¡Ahí está la ley Gramont que lo prohíbe y lo condena en absoluto. Al toro no, no hay derecho a matarlo. En cuanto a los poetas, las solteras y los vicarios no dice nada. No son de su distrito.

Pero, en lo que atañe a los poetas, la justicia ha sentado ya un precedente. Si que hay derecho. Veremos lo que pasa respecto de los otros.

Sea lo que fuere, el primero que implantó el sistema fué el baturro aquel que presenciando los ejercicios de las pulgas sabías preguntó por qué una de ellas no trabajaba, y como le contestaron que a causa de estar muy malita, la despatchó de un uñazo, exclamando: —Pobretica, pa que no pene.

José DE LASERNA

DONDE MENOS SE PIENSA...

Yo no sé si es fantasía;
pero cuentan de un tal Blas
—que por tal nombre atendía—
—que los más

de los días ayunaba,
debido, según infiero,
a que el hombre no contaba
con dinero.

Al mirar su vida rota
no dudo en empujarse
con una rica devota
del lugar.

Ciertamente que en la aldea
no había mujer más rara,
ni más vieja, ni más fea...
¿Pues y avara?

¡Si llegase a murmurar
que era muy poco expresiva,
por eso, por no gastar
ni aun saliva!

Celosa, cual la que más,
no salía a ningún lado
sin antes dejar a Blas
encerrado.

Tasábase la ración,
de impreperios le coimbaba
y a diario, sin razón,
le pegaba.

Así las cosas, un día
quiso el Hado, al fin clemente,
que succumbiera la arpa
de repente.

Millonario y libre ya
el mártir de su viudo

se divirtió, claro está,
cuanto pudo.

Bebió, sin gustarle el vino,
fué el más vago de los vagos,
y entre el sexo femenino
hizo extragos.

A ello le indujo el temor
de hallarse más adelante,
en la mención del Señor,
con su amante.

Porque era de suponer
que arribara a ella, la anciana,
ya que siempre hubo de ser
muy cristiana.

Por eso Blas—¡qué remedio!—
jamás trató de emendarse
para, por tan fácil medio,
condenarse.

Y tanto, para su mal,
de la existencia abusó,
que un día—¡día fatal!—
la diñó.

Cuando Blas, con raudó vuelo,
traspasado el cenit hubo
ante las puertas del cielo
se detuvo.

—¿Dónde estoy?—gritó alarmado—.
San Pedro, con su notoria
bondad, respondió al cuitado:

—En la gloria.

—¡Yo, en la gloria!
—Sí; tened
la seguridad completa.

¿Cuál es el nombre de usted?

—Blas Trompeta.

—¿Trompeta? Me suena mucho...
Sí... Sois el recomendado
del Altísimo.

—¿Qué escucho?

¡Yo, salvado!

—No me explico esta infracción;
mas Dios, que está en el secreto,
os otorga su perdón
por completo.

—Pasad, pues, os lo suplico.

—Perdonad; pero me niego.

—¿Cómo se entiende, boricco?

—¿Hablo en griego?

—Pero ¿qué iniusicia es esta?

Bien; apelaré al Supremo.

—¿Qué decis?

—¡Mi alma protesta!

—¿Que blas-femo!

Y el Santo, que en aquél vió
un pecador sempiterno,
de un puntapié lo envió
al Averno.

Repuesto del golpe un tanto,
traspasó Blas la mampara
temiendo que el Padre Santo
le indultara.

Y apenas estuvo dentro,
cuando absorto echó de ver
que le salía al encuentro
¡¡¡su mujer!!!

FERNANDO SALAZAR DE YESTE

UN RETRATO DE VELÁZQUEZ



Caricatura XAURARO

Marciano Zurita, el exquisito poeta, asiduo colaborador de este semanario, acaba de publicar un libro de versos titulado Castilla, del que copiamos, como muestra, la siguiente evocadora composición.

Diego de Velázquez, gran amigo mío,
quiso en un retrato sentar mi figura,
y con desconcierto del que me glorío
no supo fijarme sobre la pintura.

Púsome vestido de sayo y ropilla,
terciendo una capa lujosa y gallarda;
mi aliivo chambergó, mi fiesca gollilla
y mi pasamano de seda lombarda.

Hundió mis flaquezas en ancho gregüesco
y alzó hasta las nubes mi recio bigote,
dándome gorduras propias de tudesco
y solemnidades propias de hugonote.

Clavó en mis ojuelos la luz de dos grandes
miradas que infunden asombro y espanto,
como las del fiero Recasens en Flandes
o las del temible Bazán en Lepanto...

Y entre los honores con que me desfiló
de la baja estirpe que con él comparto,
me puso en el pecho la cruz de Borgoña,
y al cinto, la espada de Felipe Cuarto.

...Agradezco mucho lo que hizo don Diego
por fingir que sea lo que nunca ha sido;
pero a sus ficciones yo no me doblego,
y voy a pintarme con más parecido.

Nací no sé dónde, ni de ello me curo;
viví no sé cómo, de naípe o vilorite;
en todo negocio mi vida aventuro,
y nadie me quiere ni nada me importa.

De aldea en aldea corrí ambas Casillas
haciendo de todo, sin saber de nada:
costendo bonetes para Tordesillas
o cerdendo felpas para Torquemada.

Si gano un escudo, lo juego al instante;
si adquiero una trampa, no me desentramo,
y mayor bigarido ni mejor feriante
no lo tuvo nunca Medina del Campo.

En las amarillas tierras de Segovia
encontre acogida benévola y franca,
y llorosa y triste dejé allí una novia,
y otra novia en Burgos y otra en Salamanca.

Rodé sin descanso por todo camino,
hebí indiferente de toda bodega
y estubo mi boca más haría de vino
que haría de doblones y pan mi talga.

Y un día, en la corte, viendo que mis ropas
se desvanecían y deshílachaban,
por cambiar de traje me enganché en las tropas
del Rey don Felipe, que a Flandes marchaban.

Pero, en cuanto pude, salté de las filas
y eché por los campos, tras la picaresca
charla de amistades mucho más tranquilas
que las amistades de la soldadesca.

Todos los mesones se me franquearon,
todas las cocinas por mí se encendieron;
y los mesoneros me reverenciaron,
y las mesoneras me comprometieron...

Que, al ver mi gallarda fanfarronería,
no hubo mesonero que no me temiera,
ni dije palabra de galantería
que causara enojos a la mesonera.

Don Diego, una tarde, llegó a una posada
y habiendo advertido mi pícaro juego,
envolvíome en una profunda mirada
y después, amable, sonrió don Diego.

Se atusó las guías de sus bigotazos,
sacó su paleta, la untó de pintura,
cogió los pinceles y, en cuatro bróchazos,
sobre una tablilla fijó mi figura.

Mas ese retrato yo lo considero
un error de copia, del que me glorío,
pues, si en el retrato salió un caballero,
será un gran retrato, pero no es el mío.

MARCIANO ZURITA

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

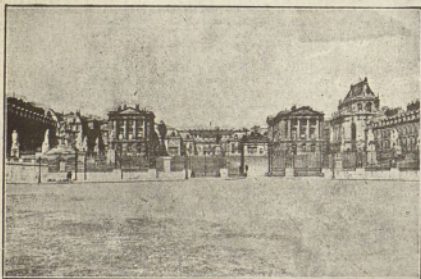
CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXXIX

Persistiendo en mi noble propósito de que los lectores de Buen Humor que no tengan dinero para hacer una visita a París, (o los que lo tengan y no les de la gana de gastárselo en esa tontería transpirendica), conozcan tan formidable población tan perfectamente y tan detalladamente como si la hubiesen visto, voy a intentar en esta crónica la descripción de un par de curiosidades que no por haber sido despreciadas

coram pópulo y dóminus vobiscum que las modisillas parisienenses son una monada, que el bosque de Boulogne es un edén con árboles y que la Gran Opera es el mejor teatro de toda la cochina tierra habitada. Ustedes, los lectores que han seguido con interés, las incidencias de mis viajes a la deslumbradora Lutecia, saben de innombrable tinta que yo no he dicho nada de eso, en primer término porque no era verdad. Al contrario, yo he calificado a Poincaré todo lo duramente que se me

cratas tendidos en la hierba comiendo filletes de caballo o dando distinguidos besos a sus amantes compañeras, sin duda porque lo necesitaban más que el comer... Yo llevo contempladas más de seis mil modisillas y de éstas he encontrado cinco relativamente monas, una que con un poco de buena voluntad podía parecer monilla y cinco mil novecientos noventa y cuatro que oscilaban entre el tifi y el orangután, que si bien son seres muy monos no están admitidos en sociedad ni pueden aspirar al primer puesto de la *Mi-Carême* por muy imbécil que sea el Jurado, que aquí lo es casi siempre en cuestiones de *beauté*. Y, finalmente, yo he estado repetidas veces en la Gran Opera y reconozco que es un teatro magnífico..., pero cuando no hay función. En cuanto se alza la cortina, la hemos fastidiado. De vez en cuando (escuela francesa) surge un cantante de los más ilustres que le obsequia a usted con un suculento gallo, y usted ve con el asombro consiguiente que el público le ovaciona frenético y agradecido. Al pronto no se explica usted la ovación y piensa que el auditorio no tiene oído o no tiene sentido común o no tiene las dos cosas juntas, pero a los dos minutos de aparecer un nuevo cantante menos canoro que el anterior, lo comprende usted todo (menos lo que cantan, que es francés del difícil). En efecto, el cantante recién aparecido larga, en vez de uno, seis o siete gallos consecutivos, atroces e irrefrenables, y usted saca en seguida la consecuencia: el público parisienense aplaude al que emite un solo gallo porque sabe que es lo más que puede hacer un artista francés de ópera. A la hora en que yo escribo estas líneas, no se sabe en París de una típica o de un tenor que no haya otorgado públicamente un gallo por lo menos en cada romanza. Es de suponer que el primer cantante que salga (que no saldrá) y no dé el galillo consabido (que sí lo dará) acabará siendo caballero de la Legión de Honor, y quizás hasta presunto candidato a la presidencia de la República. París es capaz de esto y de mucho más, en obsequio de sus hijos más preclaros. Ya sabrán ustedes que monsieur Loubet alcanzó la alta magistratura, sencillamente porque era un esposo modelo que no había pegado nunca a su señora. Bastó esto para repulterarlo como hombre de buen carácter, y para entregarle el timón del Estado, en la seguridad de que tampoco pegaría a los ministros. Y hasta le pagaron un viaje a Madrid como ustedes recordarán, en el que a pesar de lo que distinguía a su esposa vino sin ella, lo cual me ha



«LE CHATEAU» DE VERSAILLES

Esto es el gran palacio de Versailles, que lo creas, lo niegues o te calles. En tiempos esa fue regia morada. ¡Hoy no sirve el palacio para nada!

[Por supuesto, que para lo que sirve hoy es para lo que ha servido siempre, y que me dispense la Historia!]

por otras plumas más humorísticas y algo más sedosas que la mía, dejan de ser merecedoras de cierta atención y hasta de un poco de encomio generoso. Además, las curiosidades de que yo voy a hablar, si ustedes me dejan (que no creo que se opongan, porque monsergas mayores vienen aguantándome), son mucho más interesantes que otras cosas menos interesantes que he tenido la fatiga de describir en crónicas precedentes. Mi propósito al venir a París no fue, como el de otros cronistas, el de alabar a Poincaré como gobernante energético, o el de elogiar a Herriot como el tío más laico y menos arcaico de la política francesa, o el de loar la elegancia de Coquelin el más pequeño o el de proclamar *urbi et orbe*,

recía y me[he] negado a ponerme a los pies de su señora; yo he dicho que Herriot será más laico que Voltaire, pero que los comestibles no bajan ni *pá Dios* (y ni que decir tiene que para mí mucho menos), y el laicismo a ese precio ¡para el distinguido gato!... Yo sé que Coquelin, el elegantísimo, sólo posee un chaquet con trencilla que se pueda tomar medio en serio y que se pueda tomar en el Monte de Piedad, sin embargo de lo cual, si yo me lo pusiera en Madrid suscitaría un corro de transeúntes y una milla de bafa y escarnio, ambos callejeros. Yo he paseado por el bosque de Boulogne, y aparte de ponerme las botas perdidas de polvo porque, como es un bosque, no lo riegan, no he visto más que demó-

escamado siempre aunque este es la primera vez que lo digo.

Bien es verdad que puede que haya la misma exageración en suponer a Loubet hombre sonriente y anticomunista como en decir que Clemenceau era una fiera carnívora del desierto.

Porque a Clemenceau se le ha llamado *figre* por una razón de lo más sencillo que se elabora: porque cuando el barbero le hacía un corte, se enfadaba y no le daba propina.

Esto es histórico, señores. Me lo ha referido un barbero, después de cortarme la cara concienzudamente y diciendo como comentario final:

— ¡Si el señor tuviera el genio de monsieur Clemenceau, que no parece tenerlo ni mucho menos, me había jugado yo la propina con este descuido!

Y con esto, y con que sepan que no pego a mi esposa (principalmente porque ella no se dejaría), no es una tontería confiar en que pueda yo ser con el tiempo uno de los hombres nuevos que están a punto de gobernar a España.

Que, aquí para *inter nos*, no lo haría peor que Loubet y desde luego lo haría mucho mejor que Clemenceau, que después de jurar que se iba a comer crudo al ex kaiser de Alemania, ha hecho correr la voz de que está delicado del estómago y se ha puesto a dieta de leche para despistarse.

XC

Y, ahora que caigo..., yo había prometido hablar en esta crónica de un par de curiosidades parisenses que les iban a ustedes a interesar la mar; y hemos perdido un tiempo precioso. Pero lo vamos a ganar en seguida.

¿A que no saben ustedes dónde me he pasado dos días de esta última semana, con el único y honrado y exclusivo fin de servir a mis lectores?

Les va a parecer a ustedes mentira, pero les suplico que no les parezca. Un día he estado en la grata compañía de seis millones de cadáveres, y el otro día me he puesto a navegar con rumbo incierto sobre todas las procesionales aguas sucias que París había tenido la amabilidad y la necesidad de fabricar la víspera...

Me explicaré. En el elegantísimo subterráneo parisense hay dos cosas que todo extranjero que tenga buen gusto, alma de turista y olfato de héroe, no debe dejar de visitar: son las alcantarillas y las catacumbas. Ambas cosas resultan muy baratas y ambas muy curiosas, si bien son más curiosas las catacumbas, porque en una alcantarilla la curiosidad (y el asco) es cosa un tanto discutible y un poco paradójica. Las llamadas catacumbas son unas antiguas canchales, de las que desde los tiempos de los romanos (o sea el

otro día por la mañana) se venía sacando piedra para hacer casas de esas que ahora no hay dios que encuentre en ellas un piso. Parece ser que se sacó tantísima piedra que medio barrio de Montparnasse quedó con el suelo hueco y allá por el año 1774 varias calles empezaron a combarse y varias casas comenzaron a hacer eses, visto lo cual por el Gobierno, y teniendo en cuenta que los vecinos no lo querían tolerar, se pensó en rellenar el hueco aquel con algo substancioso y duro. Y este algo duro y substancioso consistió en cerrar varios cementerios y en extraer de ellos los cadáveres que desde aquella fecha están sosteniendo con sus descarnados omoplatos: el

despedazar. Yo créi ver que algunos huesos eran más grandes que los otros, como si se tratase de un arreglo o adaptación de cada cadáver y hasta juraría que ví los hilos que sujetaban todo el brillante juego de tabas. Pero, en fin, no por eso desmereció a mis ojos el soberbio conjunto, ni aun en el momento en que el gula me ofreció un par de libias (no *chics*) por el módico estipendio de cinco francos, favor que decliné diciéndole que no estando muy sobrado de dinero para adquirir carne me parecía una solemne idiotez gastármelo en huesos...

Pero para interesante, mi visita a las alcantarillas. Allí sí que ví cosas. Mejor dicho, las oí antes de verlas.



EFFECTO DE SOL EN LOS BULEVARES

De este sitio, carísimo lector, no está en la luz del sol el interés sino en el que se vende Buen Humor, en ese puesto que a tu derecha ves.

¿Lo ves?... ¿Lo ves cómo se vende Buen Humor en París?... ¡Como que íbamos a engañarte!

peso de los que todavía tienen la fortuna de estar vivos. A este relleno macabro, a este montón informe de calaveras y de muertos formales (que de todo hay, porque son seis millones los sujetos que pernecian allí sin la menor protesta) le llaman los parisenses catacumbas y le cobian al extranjero por visitarlo. Yo bajé con gusto porque estoy harto de ver franceses vivos y suponía que los muertos serían algo diferentes; y tuve el sentimiento de ver que hasta en aquellas profundidades hay clases. En efecto, en varias galerías hay algunas osamentas colgadas. El grúa que me iba dando la explicación de todo aquel tinglado, me dijo que las osamentas eran de gente *chic* y que por eso estaban colgadas y sin

Y después, también...

Pero como yo juzgo esa excursión de excepcional interés, dejo para otra crónica su descripción detallada. Aparte de que quiero ser más galante con los lectores que lo fué Víctor Hugo en *Los miserables*, poniéndose a hablar de las alcantarillas sin avisar en donde se metía.

Yo aviso con tiempo, aun advirtiéndolo que se trata de una emoción literaria, inolvidable y permanente.

Ya lo verán ustedes. Es una cosa que no hay nariz que la olvide en la vida.

¡Las bellezas de París, qué caramba!

ERNESTO POLO

París. — Café du Coq. — Marzo.

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

En el Cómic.

Nadie sabe lo que quiere... pero si quiere saberlo vaya al Teatro Cómic y vea la comedia de D. Jacinto Benavente, estrenada con gran aplauso: entonces lo sabrá. D. Jacinto da la solución en un párrafo tan elocuente y tan florido que, con las flores que al párrafo le sobran, puede adornarse la maquinaria de una fábrica de galletas que aparece en escena al terminar el párrafo aludido.

Una muchacha encantadora... Joséfina Artigas; un muchacho encantador —Santiago Artigas. El muchacho es agradable, simpático, buen tipo; pero bailarín, simplemente; no trabajador. Todos, la novia inclusive, exclaman contristados: «¡Lástima de chico! ¡si trabajara!» Pero cuando el muchacho se hace trabajador, la novia se pone nerviosísima porque aquello de trabajar supone —llevado a la práctica— una serie de detalles graves; que el novio no se viste de chaqué, sino de mecánico; que las manos del novio raspan; que en vez de inventar versos inventa galletas para la exportación; que en vez de estar con la novia está en la fábrica; y que en vez de bailar, cuando la música suena en el salón y a la novia se le van los pies solitos, al novio se le llevan los demonios porque no puede, con el ruido de la música, estudiar unos catálogos de cajas de hortalaja para el envase de las galletas «celestiales» que ha inventado.

La novia suspira por «el otro» por el bailarín, cuando su novio trabaja como suspiraba por «el otro», por el trabajador, cuando su novio bailaba... Nadie sabe lo que quiere... Queremos siempre lo que no tenemos y lo contrario de lo que la vida nos ofrece —viene a decir el bailarín aunque no con esas palabras. El bailarín que resulta entender de todo: de galletas, de mecánica y de latas al por mayor; entiende también de literatura, de filosofía y de elocuencia, y se encarga de ir cantando a cada uno las cuarenta con frases exquisitas: «queremos, dice, que los buyes vuelen y que las mariposas con sus alitas frágiles sean unidas para tirar de las carretas».

Gran verdad. Benavente ofreció el año pasado *Lecciones de buen amor* a esta familia de excelentes cómicos

que es la Compañía Díaz Artigas; este año les ha ofrecido esta obra que contiene sensacionales lecciones de buena conducta para resolver el problema de la paz entre los hombres.

Todos los conflictos entre el capital y el trabajo; entre los bailarines y el trabajo; entre los novios y las novias y entre los tíos de las novias y los novios de las sobrinas de los tíos, se resolverán, en efecto, en cuanto no habláramos mal de los olmos porque no nos dan las peras que les pedimos.

¿Qué verdad tan grande!... ¡qué propensión tan humana! No digo yo que a las gentes se les haya ocurrido nunca



Darío, y sepa manejar catálogos, obremos y manufacturéis de galletas; es preciso que se vista de mecánico y lleve debajo un chaqué y un pantalón a rayas y con raya, para de pronto ¡zas! mientras aplauden el párrafo de las mariposas y los buyes, desaparecer un momento y aparecer vestido de etiqueta; es preciso que la vida toda, en fin, esté dispuesta de tal modo que, en un momento dado, pueda descorrerse una cortina, pueda aparecer una fábrica con las máquinas cubiertas de guirnaldas, y pueda el bailarín y transformista decir a su novia, como símbolo supremo y como resumen de todas las lecciones: «¡Mira! las máquinas con flores»...

Si eso ocurriera, la tierra, fábricas inclusive, sería un Paraíso perdido y hallado de nuevo y como nuevo; pero ¡ay! para que las máquinas y los mecánicos puedan usar flores en el hojal del chaqué y en los embragues, hace falta que los hombres sepan andar por los patios de máquinas a paso de *fox-trot*, que bailen el shimmy por parí-das doble —con los libros de contabilidad y con la novia—; es preciso que los bailarines sean premio Nobel; y que los premios Nobel sean trabajadores y escriban comedias de verdad, trabajadas, como si no tuvieran aún premio ninguno y quisieran ganárselo a pulso, como pueden y saben cuando quieren.

En la Latina.

Mírese por cuanto, en una obra que se llama *Dofia Diabla*, y que se anuncia con un cartel de mujer joven entregada al lujo y a los paraísos artificiales, amén de la advertencia sugestiva: «Se advierte al público que la acción de la obra se desarrolla en un ambiente de índole especial», mírese por cuanto ofrece toda ella motivos varios y abundantes para las reflexiones morales y para la edificación interior. Si hay obras de consecuencias moralizadoras ésta es una. Así como determinados actores han dedicado a veces sus interpretaciones patológicas —de «Los Espectros» por ejemplo— a los médicos de la localidad, esta obra podía dedicarse a la policía y demás autoridades.

Pero esto no nos incumbe a nos-

otros. El Sr. D. Luis Fernández Ardevín no ha querido al escribir esta obra organizar una cruzada en contra de los fariseos, claudesinos, ni en contra de las señoras que resuelven el problema de la vivienda de una manera temporal hario hospitalaria. El señor Ardevín ha querido hacer una obra dramática, ni más ni menos, y a nuestro juicio, lo ha conseguido muy decentemente; pero no nos atrevemos a decirlo, porque la cosa se ha puesto tan seria entre los diablos de críticos y el diablillo del autor, que nosotros nos hacemos cruces.

Sin embargo, a nosotros—¿será porque tenemos buen humor?—nos parece todo aquello muy decente. *Doña Diabla*, por diabólica que sea como dueña de hospitalidad, puede tener una hija y puede quererla y no contar con la huésped, o sea parecerle muy mal que la niña pueda seguir las mismas aficiones y caminos que los huéspedes de la casa. Los diablos y las diablitas no suelen pensar en el daño más que cuando les toca a ellos el perjuicio; no reconocen más ley que la ley del embudo; de lo contrario, no serían diablos, serían justos.

A nosotros nos parece natural, muy natural, que la hija de *Doña Diabla* impresione a todos los hombres que la ven, ya sea a la manera de Platón, ya sea a la manera de Epicuro, según los gustos filosóficos de cada cual.

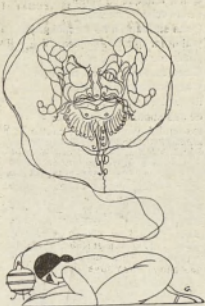
A nosotros nos parece muy humano—aunque difícil de expresar en el teatro, aquí en España donde no se pueden decir en alta voz ciertas verdades—que la chica titubea entre los susodichos Epicuro y Platón, y unas veces quiera encender la vela a Dios y otras al diablo. No nos extraña tampoco que la chica en esta situación acabe... jeringándose, unas veces con morfina, otras con opio.

Nos parece justificado que una señora, casada y madre de familia, por cliente que sea de *doña Diabla*, se alarme y ponga pies en pared al ver que su hijo se ha metido de patillas en la casa de *doña Diabla* dispuesto a casarse con la niña de ésta, sin considerar despacio, antes, las posibles predisposiciones que en la diablilla pequeña pueden producir—como en efecto producen—los influjos de ejemplo y de herencia. Tan justificado nos parece como justificado, que *doña Diabla* le ajuste las cuentas desde su punto de vista personal de señora que tiene hartos motivos para saber que no pueden tirar primeras piedras todas las personas que acuden a ponerlas en las ceremonias sociales en calidad de prestigiosos respetables.

Cada persona, a nuestro juicio, se conduce como quiere y sus acciones como sus sentimientos non hario concebibles y humanamente normales, condiciones suficientes para que la obra pueda ocupar un puesto deco-

roso, no diré precisamente en el teatro de los latinos, pero en el de La Latina, desde luego, y en el Español de estos tiempos, igualmente.

Sólo hay una excepción en la serie



de notas concebibles: no concebimos el proceder conquistador ni el amor a los quantes de don Agapito Tenorio, un personaje de la comedia, aficionado a los paraísos artificiales.

No concebimos que este hombre pueda dar el opio a nadie. No concebimos que duerma con los quantes puestos, con la chalina y con el bastoncillo. No concebimos que pueda haber reducido jamás a nadie empleando esos discursos de Schopenhauer con vistas al tapiz... budista que se usa.

Pero también esto sirve, en cambio, para que nos parezca explicable y más



que natural, que la señorita Guerrero López siente sueño durante todo el día, ya que se pasa las noches, por lo visto, oyendo las invitaciones al Nirvana del cerdo de Epicuro, enguantado y orientalista. Nos parece explicable, sin duda, que el Tenorio acabe por rendir-

la, pero no por enamorarla. Ese es el efecto que producen siempre en las mujeres de talento, no ya los cuentos indios de Agapito sino los otros discursos más eficaces y más elucivos que seguramente habría hecho decirle el autor si esas cosas fueran viables en escena. Los paraísos artificiales no suelen producir otro efecto en las mujeres de talento. Y la señorita Guerrero López, por lo que se ve, tiene talento en abundancia casi tanto como belleza. Y ya es decir.

En Esclava.

En Esclava se había anunciado para beneficio de Catalina Bárcena el *Idilio en un quinto piso*; a última hora cambió todo de pronto y se puso en cartel *El Cerrojazo*. La gente creyó que esta obra, tan sencilla que no puede serlo más, era de esas que suelen llamar «obras de clave» y comenzó a buscarle complicaciones simbólicas. Hubo quien se llegó a figurar que se había venido abajo el piso quinto con la casa entera. La casa, empujada, continuó como si tal cosa, los cuartos de la casa tan flamantes, el quinto inclusive, y en ensayo varias obras: «Aquí no ha pasado nada», «Puede el baile continuar» y otras varias por el estilo.

Sin embargo, algo había pasado. Que Catalina Bárcena estaba enferma; enferma del trabajo constante y rudo de años sin descenso, día a día. Bastó eso para que todos sus admiradores pensáramos, a una, que era ésta la ocasión indicada para ofrecerle una prueba excepcional de consideración a la persona, de homenaje a la artista.

Un julio, este homenaje. Todos los días recibe Catalina el homenaje rotundo e inequívoco de un teatro entero que la aplaude. Pero en el julio y en lo innecesario está precisamente la belleza; y toda adhesión cordial quiere ser siempre lujosa. Sus admiradores hemos querido decirle: «Todos los días te aplaudimos; pero es un aplauso egoísta en cierto modo, porque nosotros de ti porque nos ofrezcas el regalo de tu trabajo y te aplaudimos porque el regalo prometido nos complace. Sólo pensamos en nuestro contento y por él aplaudimos. Hoy caemos en la cuenta de que tú, para regalarnos con tu arte, rendías tu naturaleza; y hoy, que por eso no trabajas y no puedes recibir con la presencia nuestro aplauso, queremos que vaya éste, una vez más, en busca tuya, como testimonio de aprecio y gratitud.»

BUEN HUMOR se pone serio para adherirse, humilde, pero sinceramente, al homenaje. No puede haber buen humor si el alma no está limpia y hay cosas que un alma limpia no puede tomarlas nunca más que en serio.

MANUEL ADRIL

AUTORIDAD CONSORTE

A PURA PÉREZ

¡Ay, señoral!
¡Qué postín me gasta usté!
¿Que es usté gobernadora?

Bueno, ¿y qué?
En la culta población
donde su marido está
de mandón,
podrá usté, si viene a mano,
(no es seguro que vendrá),

epatar a la que en vano
se las echa de *cacica*
(pues su Juan ya no es cacique),
y al notar que ella se pica,
puede ser que usté se pique.
Claro está que por su empaque
y hermosura y distinción
llamará usté la atención
de sus súbditos y en jaque
los tendrá, y que más de cuatro,
en paseo, en el teatro,

siempre que haya una ocasión,
dirán:—Esa tan vistosa,
esa de mirar tan tierno,
es la esposa
de don... Tal, hombre celoso
no en las cosas del gobierno
sino más bien como esposo
de una dama tan apuesta
(aunque dicen que él protesta
de que no le importa un cuerno).
¿A Madrid el otro día
vino usté? Por la Gran Vía
la ví entrar... Era de noche...

¡Bien la ví, señora mía,
cuando se bajó del coche!...
¡Recontra! ¡Vaya una piera!...
¡Así es como se gobierna;
no con palos de tambor,
cual la del poncio anterior,
Escolástica Berruga,
que tenía una pechuga
(porque al cielo así le plugo)
que cuando la descubría
medio kilo parecía
de escabeche de besugol...
¡De usté dicen unas cosas
más sabrosas!...

En resumen, de salud
sirvan todos los honores,
los obsequios y las flores
que echan hoy a su *virtud*
cuantos la hacen el *Tenorio*...
¡todo por la complacencia
del que está en la Presidencia
del amable Directorio!...
Mas lo que no hay quien soporte
es que donde está la corte
y están todos

los que valen más que usté,
muestre usté sus fatuos modos;
porque aquí, claro lo ve:
ni aun el guardia menos rudo
la dirige un mal saludo,
ni su esposo es (¡infeliz!)
más que un bípido vulgar,
ni es usté *gubernatrix*
más que estando en su lugar,
donde no hay ni un guardia urbano
que con casco (o bien con gorra)
la saludé con la porra,
que es mejor que con la mano.



Dib. Ortiz — Madrid.

—Decididamente el foot ball es un juego que quita la cabeza.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

Consultorio de "Buen Humor"

Joaquín Prieto. Zaragoza.—Intentar seducir a la esposa de un cartero es una cosa que debe usted mirarla mucho, antes de llevarla a cabo. Es un delito muy serio, porque consiste en agarrar una cartera; y eso está bastante castigado por el furibundo Código al que todos tenemos que sujetarnos.

Nos parecería muchísimo más gracioso que se limitase usted a escribirle a las cuatro cartas diarias de encendido amor, y que fuese el marido el que tuviera que llevárselas, en calidad de probito funcionario de Correos. Y así sería un probito funcionario y un probito infeliz, que no sabía que estaban dándole queso de nata. Aparte de que ya sabe usted, y lo saben lo mismo todas las esposas de los carteros, que no hay amor donde no hay corrección...

Juanita Dóriga. Cuenca.—¡Qué preguntas tan inocentes tienen algunas señoritas!... Nos pide usted que le digamos qué traje nos parece mejor para un día de boda, después de haberse quitado el de novia.

La pregunta se las trae desde muy lejos, pero vamos a contestarla con nuestra acreditada discreción.

El traje que nos parece más adecuado es uno de paño inglés, gris o marrón, falda larga desde luego, estrecha desde arriba, cuello más bien alto, guante al codo, sombrero malva sin adornos, zapato americano. Ahora bien: todas estas prendas, colgadas de una percha o medidas en sus respectivas cajas.

Para ponérselas al día siguiente, como es natural.

José Borbolla. Madrid.—Ese banderillero retirado por quien usted nos pregunta, tiene en la actualidad una zapatería en Sevilla. Y se da un caso curioso: que hasta que no ha tenido zapatería, no ha colocado ningún par en su silló.

Jaime Puiggener. Barcelona.—Sí, señor, hace usted bien en reírse de los que dicen y propalan y perjuran que Cambó es judío. El verdaderamente judío es el que tiene que aguantar a Cambó.

Magdalena Barreda. Madrid.—¿Que cómo nos parecen mejor las pantorillitas femeninas? ¿Que si nos agradan más en el teatro, en la calle, en la playa, en los días de lluvia, desenfadadamente cruzadas en la silla de un *cabaret* o apenas entrevistadas al subir a un autobús precipitadamente?... ¡Pues mire usted, señorita, vamos a ser francos! ¡Hay una forma en que nos gustan más que en ninguna otra!... ¿Quiere usted saberla? ¡Pues como nos parecen mejor las susodichas y femeninas pantorillitas es viéndolas cómodamente en nuestra Redacción, de siete a ocho!... De siete a ocho son las

horas, que las pantorillitas pueden ser de sesenta a doscientas cuarenta y cuatro, y aún nos parecerían pocas si eran mórbidas y torneadas.

Corra usted la voz entre sus amiguitas a ver si hay manera, que nos parezca, ¡ay!ll, que no la va a haber.

Casildo Ripalda. Cádiz.—Lamentamos sinceramente que no encuentre usted forma de pasar en ésa un soberbio billete de mil pesetas, por la escama que la reciente falsificación ha producido a los que tienen cambio.

Sólo se nos ocurre una cosa: que

cuando usted oiga preguntar a algún guasón *¿qué pasa en Cádiz?*, contestele furibundamente que no pasa nada. Es una venganza como otra cualquiera, para evitar que los capitalistas se dirijan a esa tierra; y cuando no quede ahí más billete que el de usted, ya verá usted si se lo toman. Como se lo tomaría yo; sin mirarlo siquiera.

Y es que a mí me ocurre lo mismo: ¡que no me queda más billete que el de usted!...

NÉSTOR O. LOPE



LOS ROBOS EN LOS TRENES

Dib. RADALÉN.—Madrid.

—Le advierto a usted joven, por si es usted ladrón, que mis perlas son completamente falsas!...

ENTRE PARÉNTESIS

LA FRASE QUE NOS CRISPA LOS NERVIOS

Probablemente nadie —ni Grasset, que explico los fenómenos espiritistas—, será capaz de explicar por qué determinadas frases crisan nuestros nervios. Yo, he pasado larguísima noche en vela para buscar en las tinieblas de mi cerebro una teoría que me lo explicase, y lo único que he conseguido en esas noches ha sido gastar luz eléctrica. Declaramos que esto no es mucho conseguir por desgracia.

Y, sin embargo, se cae de su base —suponiendo que ello sea posible— que hay frases que crisan nuestros nervios.

Yo tenía un amigo —contumaz perseguidor de galicismos— que cuando oía pronunciar la palabra *hilaridad* o el adjetivo *banal* salía corriendo y se subía al primer tranvía que pasaba. Se llamó Ernesto Pitti y murió joven, en un presidio, por haber asesinado a un catedrático que aseguraba cada diez minutos que él no se ocupaba de ba-

nalidades. A la tercera *banalidad* que pronunció al lado de mi amigo, el catedrático pasó a una vida mejor.

No me parezco a Pitti en lo de perseguir galicismos, pero siento un odio equatorial hacia determinada frase, hoy muy en moda. El verano pasado la oí en los lugosos y atrayentes labios de cierta señorita.

Estábamos en plena sierra. Eran las dos de la tarde y aún no había almorzado. Pues bien, a las dos y tres minutos un servidor de ustedes tomaba un tren y regresaba a Madrid, donde el sol deshacía los autobuses como si fuesen manieca de Flandes. No pude resistir al lado de aquella señorita ni los veinte minutos que habría tardado en almorzar.

Ya había olvidado la frase, como si fuese un paraguas, cuando hace unas noches la volví a oír y mis pobres nervios se gimieron y chillaron igual que un carricoche frito de grasa.

Fué en el estreno de *Dña Diabla*, drama en tres actos, de ambiente especial de don Luis Fernández Ardavin. Siempre me han sido muy simpáticos los hombres que se llaman Luis y, naturalmente, el señor Fernández Ardavin se halla entre los hombres que tienen mi simpatía: sigo con interés, creciente como el Támesis, su fecunda labor y celebraría estrechar su mano.

Por todas estas razones y otras, que no quiero exponer, porque sería exponerme demasiado, asistí al estreno de *Dña Diabla* desde una butaca lo suficientemente distante para oír el principio de todos los párrafos. Un personaje, *Cándida*, que interpreta la señorita Guerrero López, pronunció en el segundo acto la frase maldita. Hizo una larga aspiración, dió a su garganta, a su lengua y a sus labios las órdenes oportunas y exclamó:

—Yo quiero vivir mi vida.

El Universo se desplomó sobre mi cráneo. Yo no culpo al señor Fernández Ardavin de haber escrito esa frase; debió escribirla, porque la puso en boca de *Cándida*, una colegiata bastante tonta que no tenía por qué decir cosas más congruentes. El señor Ardavin ha procedido bien; mas no por eso dejaron de hacerme menos daño aquellas tres palabras. Vivir mi vida...

Yo llamo en mi socorro a todos los hombres de buena voluntad para que me digan si encuentran posible que un ciudadano viva algo que no sea su vida. ¿Sería humano, lógico, posible, natural y satisfactorio vivir, por ejemplo, una silla? Me arriesgo a suponer que no. Como no lo sería tampoco respirar un cangrejo o domesticar una chimenea. En consecuencia, la frase, salvo su perfume redundante, está bien dicha. ¿Por qué me crisa los nervios entonces? ¿Por qué me irrita? ¿Por qué me hace suflir como una película de la Film-Española? Nunca sabría decirlo.

Lamentaría que alguien viese en estas líneas un deseo de cazar gazapillos gramaticales. ¡Libreme el cielo de eso! Yo no he sabido nunca gramática y a esto debo mi actual felicidad. No, no. La frase predicha me llena el alma de desesperación: nada más.

Y tal vez a causa de todo ello, resisti en que mi anciano y excelente tío Polidoro me dijo en una ocasión:

—Enriquillo, voy a vivir mi vida.

Y me vendió toda la biblioteca para invertir su importe en la compra de un bisoné provisto de un diminuto aparato de radio con el cual se oía Londres y Manchester, pero no había forma de oír Madrid.

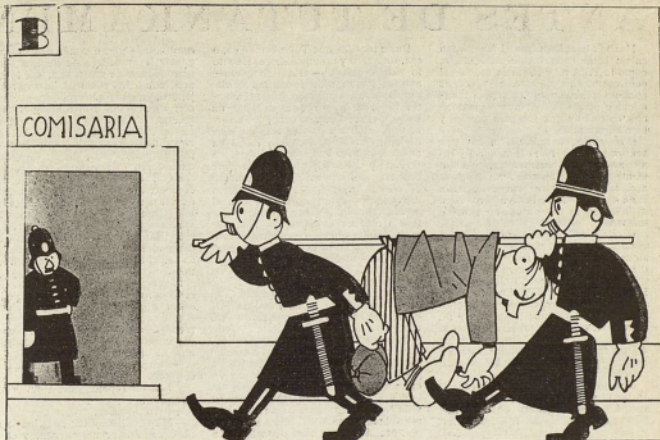
ENRIQUE JARDIEL PONCELA.



Dib.
AUGUSTO
Mairid.

—No se cómo teniendo yo un carácter tan enérgico he venido a cenar contigo.

—¡Phst! ¡Un momento de debilidad!



ACCIDENTE DEL TRABAJO

—Se encuentra indispuesto el pundonoroso oficial de carpintero Sindulio Serruche, el As de la garlopa, víctima de una tabla de grandes dimensiones.

PENITENCIA MODERNISTA

CONFESIONES DE UN BUEN PECADOR

Yo soy un pecador de tomo y lomo; en pecado mortal yo siempre yazgo; y apenas a la vida llega Momo me dedico a pecar hasta el hartazgo.

Cometo en estos días las más abominables picherías, las más audaces y las más extrañas, fugándome en algunas el pellejo, y en las comisarías constata la relación de las hazañas que cometi en los días del antaño. Yo concurrí a los bailes, armé escándalo e hice tanta locura [dalos que en los ya viejos días de los vándalos] quizá tuvieran la sanción más dura.

Yo les falté a los guardias al respeto, y su glorioso casco puse en solfa, y de todo valiente acepté el reto aunque fuese en defensa de una golla. Penetré a sangre y fuego en la tabernas del centro de la Corte, e hice más daño allí que las galernas en los puertos del Norte; no son para contadas mis tremendas audacias y aventuras... Con un disfraz de mono hice monadas; con un traje de diablo hice diabluras. La Cuarema llegó. Triste y confuso me prosterné ante el cura humildemente

quien con fervor me puso la ceniza en la frente.

Me dirigió una homilía la cual vivirá eterna en mi memoria; y me impuso el potaje de vigilia como alimentación obligatoria. Y como el tal potaje es un encanto cuando otro plato a mano no se tiene, aquí estoy bueno y santo hasta el año que viene en que tras días dulces y serenos, sin placeres felices en que hundirme, yo volveré a pecar como los buenos y volveré después a arrepentirme.

MANUEL SORIANO.

ANTES DE TUTANKAMEN

Muchos imaginan que el feminismo es un ideal enteramente modernista, como la T. S. H. y como la moda del pelo corto, síntoma éste, a su vez, de coqueísmo masculinista. Entre la interminable serie de los errores históricos, este es uno de los más crasos y bien alimentados.

Dos sabios, un señor alemán y una señora francesa, han descubierto y demostrado que el feminismo es precisamente la institución más remota que se conoce. Según estos señores, Egipto, cuna antiquísima de la civilización, fué absolutamente coatriarcal en sus comienzos, y todos los pueblos empezaron lo mismo. En Creta, ni siquiera se conocía la palabra *patria* sino *matría*, es decir, *tierra de la madre*, como pudieron decir *tíatira* o tierra de los tíos.

¿Que cómo han hecho tal descubrimiento? Muy sencillo. Las momias, como su mismo nombre indica, eran *momias* y no *momios*, faraones y no faraonios; sino que cuando advino el régimen masculinista, los sacerdotes dieron cambiádo para evitar chismes y enredos y para apoderarse de las glorias femeninas.

Incluso el apellido que se heredaba en las familias faraónicas, era el de la mamá, por ser el seguro, en lo que nos parece que iban no del todo descaminados.

Díran ustedes que Tutankamen es, o era, un señor y no una señora. Eso no lo saben ustedes—ni yo tampoco—aunque hayan oído todas las conferencias que se han dado sobre el asunto. Ignoremos por qué, después de sacar un arcón de una urna, y un sarcófago del arcón, y una caja del sarcófago, y luego otra caja, y luego un envoltorio, como en el cuento de nunca acabar, y cuando ya nos relatan que deslizaron las vendas, y en el momento de mayor expectación, en que todos los oyentes están esperando con el alma en un hilo a saber qué cara y qué talte tenía por fin el rígido Tutankamen, resulta que las sudosidicas vendas cubrían, no su cuerpo-gigante, sino otra caja modelada con sus facciones, continente ya del propio y auténtico personaje.

¿Por qué no se abrió esta caja? ¿Temieron que fuese la de Pandora? El conferenciante no explicó la razón. Así que ¡vaya usted a saber!

El arte y la maynificencia que rodeaban la tumba faraónica, nos demuestra también que vivimos en tiempos de *laday probezal*. Se dirá que no es extraño, semejante-lujazo, en vista de que los egipcios trabajaban toda su vida precisamente para darse tono después de muertitos. Pero no es eso. Habéis, decididamente, más posibles, más

rumbo, más garbo y más gracia, para gastar los monedas. Los ilustres vivos se rodeaban de tanto lujo, por lo menos, como los muertos ilustres. Alejandro, en sus bodas asiáticas, comió con nueve mil convidados; y cada *quisque* tenía su copa de oro, como el rey de Thule. No falta hoy quien coma en veilla de plata; pero entonces la vajilla de plata estaba orlada de zafiros auténticos. Los asirios iban a la guerra con armaduras de cincelado oro; comparen ustedes con las chaquillas de nuestros infelices quintos. Bien que tales áureas armaduras no debían llevarlas sino los jefes; los sin graduación írfan en cueros vivos; pero no los compedezcan ustedes, en tierra de tanto calor, era pura comodidad y un lujo más.

Mas no divaguemos y volvamos a la *gineocratía* o reinado de la mujer: siempre gobernó, entonces y ahora, aunque nos esté mal el decirlo, y si no, recuerdes el ejemplo de aquel comandante de Marina, que a cada paso andaba diciendo:

—Yo mando en mi casa más que en el barco.

Y tanto lo repetta, que, al fin, le preguntaron:

—Pero, hombre, ¿cómo es eso?

Muy fácil, explicó; en el barco me obedecen a la primera orden, y en mi domicilio, como mi mujer no me hace ningún caso, mando las cosas cuarenta veces y no me obedecen ninguno.

Pero, bueno, ahora los hombres se dan tono de que mandan ellos, como el comandante de marra, y yo me refiero a cuando empezó la mujer francamente, y fundó pueblos y dinastías, dió leyes e hizo lo que le dió la real gana durante veinte siglos de matriarcado, año más o menos, siempre según los mencionados alemán y francés; pues como lord Byron, tampoco respondo de las opiniones ni de los cálculos de los sabios.

¿Han leído ustedes *La Atlántida*, de Pedro Benoit? Es una novela emocionante. El autor supone que existe en el centro de África, entre los *tuaregs*, un resto del matriarcado, una supervivencia de la *gineocratía*. La reina gobernadora se entretiene en convertir en estatuas de oricalco, uno tras otro, a los extranjeros que van llegando a su palacio, prendidos de su fascinador perfil de gavilán. Vamos, que la reina padece una especie de *oricalcomanía*. Esto que parece una invención novelesca, se funda en los descubrimientos apuntados.

Se va haciendo tarde; queden para otra vez los detalles del misterioso asunto.

MATILDE RAS



Dib.
ELÍAS
Madrid.

RESONANCIA
FILOSÓFICA

—Tu mujer non te quiere. En *añote*.

—Bah Tamos iguales: También la engañó yo.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Una peseta la entrada?... Hombre, eso es un abuso, porque no me negará usted que este es un partido de dos reales.

HOCKEY SOBRE HIELO

Voy a ocuparme hoy de este deporte por dos razones. La primera, porque no lo entiendo, y nada me seduce tanto como hablar de lo que no sé, y la segunda porque se trata de un deporte muy de casa, del único deporte que se cultiva en esta redacción. Fuera de Jardiel Poncela, que juega al parchesí, no hay más deportista que Neville. Internacional de Hockey sobre hielo, en toda la casa, y por eso este juego nos apasiona más que ningún otro.

Se trata de un juego limitado y apasionante. De su escasa difusión es culpable la falta de hielo que se nota en Madrid. Sólo se cultiva en el Palacio del Hielo en cantidad suficiente para que los jugadores se deslicen con la celeridad necesaria.

Aún asiste poco público a los partidos; en Madrid, el hielo gusta solo en verano. Apenas medio ciento de espectadores rodean la pista y comentan las jugadas, eso sí, con un calor que amenaza fundir la superficie helada.

En realidad, como son tan pocos los espectadores, la exteriorización de sus opiniones no se verifica, como en el fútbol o en los toros, por grandes ru-

mores, por aprobaciones o desaprobaciones colectivas, que no pueden afectar más que moralmente al desarrollo del espectáculo. En el Hockey sobre hielo, los cincuenta espectadores logran hacerse oír individualmente y hasta interrumpir el juego para discutir más ampliamente los conceptos de legalidad.

Esta intervención directa del público no deja de proporcionar cierto encanto a la partida. Además, entre público y jugadores, jugadores y árbitro, árbitro y público, público entre sí y jugadores entre ellos mismos, existe un total desacuerdo; desacuerdo que, desgraciadamente, no lleva trazas de solucionarse. Todos en sus acaloradas disputas, aluden repetidas veces al Reglamento. En realidad, ninguno conoce el Reglamento y por eso pueden adquirir circulación las teorías más opuestas. No conocen el juego, pero de alguna manera han de aprender. Tal vez de la constante discusión llegue a salir la luz y el juego consiga cierta normalidad formal.

Los conceptos y las reglas generales de que se sirven, son comunes a

los deportes análogos y por eso se ha llegado a combinar partidos interesantes. Parece ser que hemos ganado a equipos belgas, franceses, italianos y suizos. Tal vez, si estos equipos hubiesen preguntado a los jugadores españoles si conocían el reglamento, hubieran descubierto la superchería y conseguido la victoria. Pero ignoraban este punto flaco, este talón de Aquiles de los jugadores españoles. Tal vez, también, los extranjeros desconocían el Reglamento, sin atreverse a confesarlo. A caso el Hockey sobre hielo no tiene Reglamento conocido y se trabaja por encontrarlo.

En general, se trata de introducir un fieltro, de esos que sirven en las cervicerías con los bocks de cerveza, por una meta. Los equipos contendientes son dos, sin contar con el público. Cada uno de ellos defiende su portería, que es una fresquera por la forma y su uso. Al mismo tiempo, cada uno de los equipos trata, como he dicho de atacar a la fresquera contraria empujando con palos el fieltro de bock.

A ello se opone el guardameta con todas sus energías. Pero se trata de un juego de testarudez. Si uno no quiere que le metan en su fresquera un fieltro de bock ¿por qué se empujan los otros en él ese disgusto? Si él ha manifestado su interés en que no pase nada ¿por qué llevarle la contraria? Si cada equipo tiene una fresquera ¿por qué no meter en la suya el fieltro de bock, a vez de importunar al contrario? Son como esos niños que no pueden jugar con tranquilidad sin molestar a sus amiguitos.

Puede ser que este afán de atacar un equipo al otro, nazca de que en el campo de hielo no hay más que un fieltro de bock. Si hubiese dos, llegarían a un acuerdo amistoso y cada equipo jugaría en su sitio, con lo que se ahorrarían no pocas discusiones y no pocos disgustos.

Pero así, con un sólo fieltro y con tantas ganas de llevar la contraria, todos se persiguen y se deslizan constantemente hiriendo el hielo con sus patines como navajas. A primera vista, el juego parece como si se hubiese escapado un ratón y los jugadores lo persiguieran a escobazos. Hay en el fieltro la misma celeridad de escape, y en los jugadores el mismo ensañamiento.

Cuando el fieltro entra en una de las fresqueras —fresqueras móviles sobre la pista, que el portero puede empujar a un lado o a otro para esquivar el ataque— se manifiesta más claramente el desacuerdo de los jugadores. Unos se ponen muy alegres y se ahogan con los compañeros muy alegremente sobre el hielo, en deslíz gozoso,



Dib. Vassil.—Madrid.

—¿Y tú qué le hacías a esa aprendiz?
—¿Yo? ¡Oficial!

y los otros se ponen muy tristes y miran al suelo. La tristeza de unos no consigue atenuar el regocijo de los otros, como la alegría frenética de éstos no se comunica a la desolación abrumadora de aquéllos. Nunca se ha visto tal impermeabilidad de sentimientos.

No niego que hay jugadas interesantes y momentos que se apoderan de nuestra atención. Es más, se trata de uno de los deportistas más distraídos, pero no puedo soportar sin entristecerme ese encono de unos hombres contra otros por un motivo tan fútil.

Concibo el boxeo, donde se trata de romper la mandíbula de un individuo o de hacerle perder el conocimiento, en último caso. Por lo menos, se trata de un fin, si no más noble, más fuerte, más aprovechable y más serio que el empujar atropelladamente los fieltros de bock hacia las fresqueras.

Respecto a su utilidad, algún día podemos vernos atacados y esto nos obligue a buscar defensa en la fuerza y la rapidez de nuestros puños. Es inevitable. En cambio, en la vida, nadie se me presentará, con un balón o un fieltro, con el decidido propósito de hacerlo pasar por la puerta de mi casa. Y si se presenta, le dejaré pasar. Soy enemigo de las situaciones friamente enconadas.

José LÓPEZ RUBIO

MI PORTERA

A mi portera la ha atropellado un terrible automóvil, pero no la ha matado a Dios gracias. Las porteras tienen siete vidas como los gatos.

Ella, guardiana de mi casa, habla que no se la entiende; al dialogar con ella parece que se escucha a una mujer checoslovaca. A pesar de este defecto, no se justifica el atropello. Tiene la rara habilidad de cortar las palabras y decir la mitad solamente y su charla recuerda el balbuceo infantil.

Ahora parece una momia egipcia, toda entapada y cubierta de vendas, sentada en su portera, como en una tumba provisional, asomando solamente los ojos asustadizos y amoratados por el espantoso golpeo del ruido del vehículo.

Ella, poseída de su papel de víctima propiciatoria, relata, a su manera, el accidente y ya repetido cien veces, lo sabe de memoria, siempre dice lo mismo, y nunca se la entiende.

En medio de todo, ella está orgulloso de llamar la atención y de que haya sido un lujoso automóvil el causante del suceso.

El marido, hombre obeso y ensimismado está al lado de la víctima escuchando la relación, que acaso él solo entienda, y cuando oye hablar del sus-

to sufrido, dice siempre: —Yo la he purgado.

Es inludable que esta purga es algo fundamental y decisivo, para evitar las terribles consecuencias de un atropello de automóvil, porque he notado que todos los oyentes, aprueban unánimemente y con efusión la sabia determinación del marido.

Otra observación importante hice en este magno suceso y es que las mujeres amigas de la portera le dicen indeciblemente:

—Y gracias que lo puede usted contar.

Parece ser que esto de relatar los accidentes merece grandes elogios.

Sin embargo, creemos que hay en este caso una exagerada amabilidad, puesto que la portera, no puede relatar nada; su media lengua le impide ser explícito suficientemente.

Y he podido comprobar que no es cierto que las porteras gocen de la antipatía popular. Con íntima complacencia mía, he visto que grandes y chicos, nobles y plebeyos, curas y seglares, troteres y danzadoras, han gemido convenientemente ante la momia sedente de mi portera.

Y esto es un síntoma elocuente de vindicación portera.

VICENTE PLÉREZ-PASQUAL



CISNEROS

Dib. CISNEROS.—Madrid.

EL PORTERO.—*Su perrito se ha pasado la noche aullando...*

EL VECINO.—*¡Alguien que se va a morir en la casa! ¿Quién será?*

EL PORTERO.—*¡Su perro, si vuelve a aullar esta noche!...*

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL NUEVO FAUSTO
O
¡ESPERO LA BAJA!

por Camí.

Drama comercial y satánico

PRIMER ACTO

Victima de la crisis

(La escena representa el interior de una sombrerería.)

EL SOMBRERERO DESALENTADO (*con voz sombría*).—¡Los negocios van mal! ¡Los clientes esperan la baja y no compran nada! Mi pobre mujer, en la puerta del establecimiento, invita a entrar a los transeúntes, sin conseguir nada.

LA SOMBRERERA AFLIGIDA (*volviendo a la tienda*).—¡Nada! Todos los transeúntes me responden la misma frase: «¡Esperamos la baja!».

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—¡Hasta nuestro cliente más antiguo nos ha abandonado! Todos los años le hacía un «soberbio sombrero de copa de diez ciuchos reflexos, y este año usa, por economía, uno vieo o deslucido, al que ha pintado los reflexos con pintura blanca.

LA SOMBRERERA AFLIGIDA.—Ha tenido la idea de añadir un estante de especias a nuestra sombrerería. Pero tu sistema de los regalos al comprador nos ha conducido a dos dedos de la quiebra. ¡Cuando yo pienso que para atraer a la clientela a nuestra «Sombrerería Abacería» dabas de regalo al comprador de especias un hongol!



LA AMIGA.—¿Qué te ocurre, Estela? Tienes la cara fríate.
ESTELA.—Figúrate: que se nos ha ido la ebica y mi pobre madre tiene que fregar los suelos.

(De *London Opinión*, Londres.)

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—¡Insensato que estabas!

LA SOMBRERERA AFLIGIDA.—Por la modesta compra de una vaina de guantes, dabas al cliente de regalo una soberbia pierna de carnero. Por la adquisición de un saqui'o de aceitunas, habías derecho al regalo de un magnífico genso, y por un kilo de azúcar ofrecíasnos graciosamente una libra de excelente café para disolver el azúcar. ¡Qué locural! Tu fatal innovación obvió un éxito sin precedentes en el público, pero ¡ay!, a medida que la clientela aumentaba, nuestra caja disminuía. Desde que hemos c'sado de vender con tan oneroso sistema, la tienda está de nuevo desierta. (*Apercibiéndolo un transeúnte que se ha detenido ante el escaparate*.) ¡Pudiera entrar! (*Abre precipitadamente la puerta*) Entre, caballero, tenemos existencias preciosas...

EL TRANSEÚNTE (*con m' dia voz cavernosa*).—¡Espero la baja! (*Se marcha*.)

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—¡Es como para meter la cabeza en el conformador! ¡Estamos arruinados! ¡La crisis no tiene solución! Si fuese posible, yo vendería mi alma al diablo.

LA SOMBRERERA AFLIGIDA.—Es posible. Nuestra vecina la «manicura-extralúcida» me ha prestado un libro de «Magia Negra», donde se encuentra el medio infalible de evocar al maligno.

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—¡Después de todo, na'ja cuesta ensayar! Desde esta noche evocaré al diablo, y si viene, nos podemos retirar de los negocios con la fortuna hecha. ¡E' hoy harío de clientes que esperan la baja! ¡Siempre esa maldita baja!

SEGUNDO ACTO

¡A mí, Satán!

(La escena representa la frontista de la «Sombrerería Espectral».)

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—Mi mujer se ha ido a dormir a casa de su madre, porque es muy nerviosa para asistir a la infernal evocación. He aquí el libro de «Magia Negra». Veamos cuál es el medio cabalístico. (*Abre el libro y lee*):

PARA EVOCAR AL DIABLO

«Coger a media noche, en la noche de Todos los Santos, en un cementerio, la tercera rama de un ciprés plantado entre la tumba de un niño muerto al nacer y un zuafo muerto de coque-luche. Comprad el o'o izquierdo de un aspid matado entre la segunda y la tercera luna, y ponédolo a secar en una cuerda de ahorcado durante trece horas...»

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—Todo esto, y lo que sigue, es muy difícil de conseguir inmediatamente. ¿Qué hacer? ¡Ah, ya! Ensayemos el sistema del doctor Fausto. Lo recuerdo de la Ópera, tengo buena memoria. Fausto hace surgir a Meli'stofeles delante de él, gritando simplemente: «¡A mí, Satán!» ¡Va a sonar la media noche! He aquí el momento trágico. (*Gritando*.) ¡A mí, Satán!

MELI'STOFELES (*apareciéndose entre una nube sulfurosa*).—¡Aquí estoy! ¿Qué quieres de mí, sombrerero? ¡Vámonos, hab a!

EL SOMBRERERO DESALENTADO.—¡Quiero la riqueza! Satán, por diez millones te vendo mi alma!

MELI'STOFELES.—Lo siento, pero no compro nada ahora. ¡Espero la baja! (*Desaparece*.)

TELÓN

A. R. H.

COLECCION IDEAL

ha publicado

EL TORO

(Novela de amor y de aventuras de la época de los Borgia), por el eminente escritor italiano

BRUNO CORRA

que se manifiesta como un consumado narrador de episodios escalofríos y un esforzado pintor de escenas realistas. Puede considerarse

EL TORO

como una verdadera maravilla literaria. Para que todos puedan juzgar a

BRUNO CORRA

se entrega gratis en todas las librerías un folleto, un fragmento de

EL TORO

puestas en todas las librerías y quioscos y en la Editorial B. Bouda, Apartado número 66. Aribau, 178 y 179, Barcelona.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Egulsena. Madrid. — Tanto lo literario, por lo suficientemente literario, como lo artístico, por deficientemente artístico, han tenido la desgracia de incurrir en nuestros tras. Pero en cuanto ha mediado el caso, nos hemos quedado tranquilos. Y en este momento, puede usted creerlo, ya no estamos ofendidos con usted. Somos así de grandes

S. Sastre. Valencia.

El dibujo de S. Sastre es de Sastre y es desastre. Monita de la Molinista. Sotelo del Barco. — Cortito y sosito. Más vale que se quede feadito.

P. H. P. Madrid. — Es usted un malo de los de mayor alianza que hemos conocido.

ALBERTO RUIZ

JOVENIA. — CARRETERAS. 7

Palanca de pedida.

A la presentación de este anuncio, se desmonta el 10 por 100.

No se publicarán de ninguna manera. — Los sorprendentes originales literarios de los señores escríbanlos que alguien.

A. C. y L. (Madrid). Margelet Ojeda (Madrid), Iñao, S. R. de C.

Blasco. — Los dibujillos están bien, pero los chistes son mortales de necesidad. Demuéstrelos y póngese gracioso en lo sucesivo y le complacemos con mucho gusto, aparte de volver las tripas como que nos está haciendo mucha falta en estos días tediosos de la impredecible Cuernavaca.

Teniendo la los que tienen, cursarse no se concibe, ha de desaparecer tan solo tomando Jarabe Oribe.

Max Foxter. Viena. — Nada de color, amigo. Venga algo negro y su porvenir en esta casa será de color de rosa. En cambio, si los dibujos son de color de rosa, será negro el porvenir. Y suponemos que esto

sirve para el cultivo del arte y, con dolor, se lo decimos. ¿Quiere usted casarse con uno de nosotros? ¡O el mejor porvenir que podemos ofrecerle!



HERNIAS
¡Un gran remedio!
J Campos
ÓRTEPOÉDICO
de MADRID
Largo Figueras 1

Elbendoum. Melilla. — ¿Versos tristes, y por añadidura cortos, y como remate voluptuosos, y de

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagando a es espléndidamente. Puente del Sol, 11 y 12, segundo derecha. Hay ascensor.

le hará temblar y sobre todo le hará cambiar de color, que es lo que aquí pretendemos.

propina enderezados a una carifosa amiga?... ¡Ja, hombre! ¡Antes que eso, preferimos volver a los

Bodegas de los CEAS
Sebel Licor Benedicto, Ante Santa Margarita y Anisette Venua.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Le es usted "Vida Madrileña" Anuncie en

Oficinas: Puencarral 66.

Director: DOZ DE LA ROSA

A. Dáncro. Granada. — Los más misinos conceptivos y las mismas duices palabras que hemos vertido

tormentos, de l sacrosanta Inculcación, a estudiar de nuevo el bachillerato y a los Romanos y Ma-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Quasón. Jaén. — ¡Vaya usted a guasar de su señora madre política, si ella se lo consiente y no le aliza un mamorro escenarómico Veldivia. Guinzocosa. — ¡Animal que le eres o así! ¡Pienso que comer debías en cuadra que le tendrás seguramente! Juan del Betta. — Eso es más largo que de aquí a Chicago. Comprímanse un poco o no habrá manera de que nos entendamos.

(Madrid). Juan Tur. Meno's Terrores, Perrin, Un parañita (Madrid). J. G. M. (Méjico). Proy Granota y A. L. Galarza (Granada).

Dibujos que no hay modo de que aparezcan en nuestras páginas sin que se arme un escándalo público. — Los firmados por los precarios artistas que se citan a continuación:

Semol, Pérez Hilo, Chape, Asu-naga, Arizaga, Diego Gracia, K Chi-

LEGRES FOTOGRAFÍAS

CURIOSAS

Intérprete Insuperable. 5 y 8 y 10.

Giroo-vellos:

Agencia artística LUX

APARTADO 126 MADRID

Juan Miguel. — Con el alma traseñda le comunicamos que su trabajo no ha provocado nuestro entusiasmo.

Chepe Brásca. — No sirve.

E. B. y G. Madrid.

Su corteo a las once es penadísimo como una campana de bronce y seis erribos de plomo.

Y además tiene menos gracia que un verdugo en el ejercicio de su noble y satisfactorio cargo.

LIBROS PARA REIR, DE LUIS ESTESO



A la venta por 20 céntimos. 100 céntimos. 200 céntimos. 300 céntimos. 400 céntimos. 500 céntimos. 600 céntimos. 700 céntimos. 800 céntimos. 900 céntimos. 1000 céntimos. 1100 céntimos. 1200 céntimos. 1300 céntimos. 1400 céntimos. 1500 céntimos. 1600 céntimos. 1700 céntimos. 1800 céntimos. 1900 céntimos. 2000 céntimos. 2100 céntimos. 2200 céntimos. 2300 céntimos. 2400 céntimos. 2500 céntimos. 2600 céntimos. 2700 céntimos. 2800 céntimos. 2900 céntimos. 3000 céntimos. 3100 céntimos. 3200 céntimos. 3300 céntimos. 3400 céntimos. 3500 céntimos. 3600 céntimos. 3700 céntimos. 3800 céntimos. 3900 céntimos. 4000 céntimos. 4100 céntimos. 4200 céntimos. 4300 céntimos. 4400 céntimos. 4500 céntimos. 4600 céntimos. 4700 céntimos. 4800 céntimos. 4900 céntimos. 5000 céntimos. 5100 céntimos. 5200 céntimos. 5300 céntimos. 5400 céntimos. 5500 céntimos. 5600 céntimos. 5700 céntimos. 5800 céntimos. 5900 céntimos. 6000 céntimos. 6100 céntimos. 6200 céntimos. 6300 céntimos. 6400 céntimos. 6500 céntimos. 6600 céntimos. 6700 céntimos. 6800 céntimos. 6900 céntimos. 7000 céntimos. 7100 céntimos. 7200 céntimos. 7300 céntimos. 7400 céntimos. 7500 céntimos. 7600 céntimos. 7700 céntimos. 7800 céntimos. 7900 céntimos. 8000 céntimos. 8100 céntimos. 8200 céntimos. 8300 céntimos. 8400 céntimos. 8500 céntimos. 8600 céntimos. 8700 céntimos. 8800 céntimos. 8900 céntimos. 9000 céntimos. 9100 céntimos. 9200 céntimos. 9300 céntimos. 9400 céntimos. 9500 céntimos. 9600 céntimos. 9700 céntimos. 9800 céntimos. 9900 céntimos. 10000 céntimos. 10100 céntimos. 10200 céntimos. 10300 céntimos. 10400 céntimos. 10500 céntimos. 10600 céntimos. 10700 céntimos. 10800 céntimos. 10900 céntimos. 11000 céntimos. 11100 céntimos. 11200 céntimos. 11300 céntimos. 11400 céntimos. 11500 céntimos. 11600 céntimos. 11700 céntimos. 11800 céntimos. 11900 céntimos. 12000 céntimos. 12100 céntimos. 12200 céntimos. 12300 céntimos. 12400 céntimos. 12500 céntimos. 12600 céntimos. 12700 céntimos. 12800 céntimos. 12900 céntimos. 13000 céntimos. 13100 céntimos. 13200 céntimos. 13300 céntimos. 13400 céntimos. 13500 céntimos. 13600 céntimos. 13700 céntimos. 13800 céntimos. 13900 céntimos. 14000 céntimos. 14100 céntimos. 14200 céntimos. 14300 céntimos. 14400 céntimos. 14500 céntimos. 14600 céntimos. 14700 céntimos. 14800 céntimos. 14900 céntimos. 15000 céntimos. 15100 céntimos. 15200 céntimos. 15300 céntimos. 15400 céntimos. 15500 céntimos. 15600 céntimos. 15700 céntimos. 15800 céntimos. 15900 céntimos. 16000 céntimos. 16100 céntimos. 16200 céntimos. 16300 céntimos. 16400 céntimos. 16500 céntimos. 16600 céntimos. 16700 céntimos. 16800 céntimos. 16900 céntimos. 17000 céntimos. 17100 céntimos. 17200 céntimos. 17300 céntimos. 17400 céntimos. 17500 céntimos. 17600 céntimos. 17700 céntimos. 17800 céntimos. 17900 céntimos. 18000 céntimos. 18100 céntimos. 18200 céntimos. 18300 céntimos. 18400 céntimos. 18500 céntimos. 18600 céntimos. 18700 céntimos. 18800 céntimos. 18900 céntimos. 19000 céntimos. 19100 céntimos. 19200 céntimos. 19300 céntimos. 19400 céntimos. 19500 céntimos. 19600 céntimos. 19700 céntimos. 19800 céntimos. 19900 céntimos. 20000 céntimos. 20100 céntimos. 20200 céntimos. 20300 céntimos. 20400 céntimos. 20500 céntimos. 20600 céntimos. 20700 céntimos. 20800 céntimos. 20900 céntimos. 21000 céntimos. 21100 céntimos. 21200 céntimos. 21300 céntimos. 21400 céntimos. 21500 céntimos. 21600 céntimos. 21700 céntimos. 21800 céntimos. 21900 céntimos. 22000 céntimos. 22100 céntimos. 22200 céntimos. 22300 céntimos. 22400 céntimos. 22500 céntimos. 22600 céntimos. 22700 céntimos. 22800 céntimos. 22900 céntimos. 23000 céntimos. 23100 céntimos. 23200 céntimos. 23300 céntimos. 23400 céntimos. 23500 céntimos. 23600 céntimos. 23700 céntimos. 23800 céntimos. 23900 céntimos. 24000 céntimos. 24100 céntimos. 24200 céntimos. 24300 céntimos. 24400 céntimos. 24500 céntimos. 24600 céntimos. 24700 céntimos. 24800 céntimos. 24900 céntimos. 25000 céntimos. 25100 céntimos. 25200 céntimos. 25300 céntimos. 25400 céntimos. 25500 céntimos. 25600 céntimos. 25700 céntimos. 25800 céntimos. 25900 céntimos. 26000 céntimos. 26100 céntimos. 26200 céntimos. 26300 céntimos. 26400 céntimos. 26500 céntimos. 26600 céntimos. 26700 céntimos. 26800 céntimos. 26900 céntimos. 27000 céntimos. 27100 céntimos. 27200 céntimos. 27300 céntimos. 27400 céntimos. 27500 céntimos. 27600 céntimos. 27700 céntimos. 27800 céntimos. 27900 céntimos. 28000 céntimos. 28100 céntimos. 28200 céntimos. 28300 céntimos. 28400 céntimos. 28500 céntimos. 28600 céntimos. 28700 céntimos. 28800 céntimos. 28900 céntimos. 29000 céntimos. 29100 céntimos. 29200 céntimos. 29300 céntimos. 29400 céntimos. 29500 céntimos. 29600 céntimos. 29700 céntimos. 29800 céntimos. 29900 céntimos. 30000 céntimos. 30100 céntimos. 30200 céntimos. 30300 céntimos. 30400 céntimos. 30500 céntimos. 30600 céntimos. 30700 céntimos. 30800 céntimos. 30900 céntimos. 31000 céntimos. 31100 céntimos. 31200 céntimos. 31300 céntimos. 31400 céntimos. 31500 céntimos. 31600 céntimos. 31700 céntimos. 31800 céntimos. 31900 céntimos. 32000 céntimos. 32100 céntimos. 32200 céntimos. 32300 céntimos. 32400 céntimos. 32500 céntimos. 32600 céntimos. 32700 céntimos. 32800 céntimos. 32900 céntimos. 33000 céntimos. 33100 céntimos. 33200 céntimos. 33300 céntimos. 33400 céntimos. 33500 céntimos. 33600 céntimos. 33700 céntimos. 33800 céntimos. 33900 céntimos. 34000 céntimos. 34100 céntimos. 34200 céntimos. 34300 céntimos. 34400 céntimos. 34500 céntimos. 34600 céntimos. 34700 céntimos. 34800 céntimos. 34900 céntimos. 35000 céntimos. 35100 céntimos. 35200 céntimos. 35300 céntimos. 35400 céntimos. 35500 céntimos. 35600 céntimos. 35700 céntimos. 35800 céntimos. 35900 céntimos. 36000 céntimos. 36100 céntimos. 36200 céntimos. 36300 céntimos. 36400 céntimos. 36500 céntimos. 36600 céntimos. 36700 céntimos. 36800 céntimos. 36900 céntimos. 37000 céntimos. 37100 céntimos. 37200 céntimos. 37300 céntimos. 37400 céntimos. 37500 céntimos. 37600 céntimos. 37700 céntimos. 37800 céntimos. 37900 céntimos. 38000 céntimos. 38100 céntimos. 38200 céntimos. 38300 céntimos. 38400 céntimos. 38500 céntimos. 38600 céntimos. 38700 céntimos. 38800 céntimos. 38900 céntimos. 39000 céntimos. 39100 céntimos. 39200 céntimos. 39300 céntimos. 39400 céntimos. 39500 céntimos. 39600 céntimos. 39700 céntimos. 39800 céntimos. 39900 céntimos. 40000 céntimos. 40100 céntimos. 40200 céntimos. 40300 céntimos. 40400 céntimos. 40500 céntimos. 40600 céntimos. 40700 céntimos. 40800 céntimos. 40900 céntimos. 41000 céntimos. 41100 céntimos. 41200 céntimos. 41300 céntimos. 41400 céntimos. 41500 céntimos. 41600 céntimos. 41700 céntimos. 41800 céntimos. 41900 céntimos. 42000 céntimos. 42100 céntimos. 42200 céntimos. 42300 céntimos. 42400 céntimos. 42500 céntimos. 42600 céntimos. 42700 céntimos. 42800 céntimos. 42900 céntimos. 43000 céntimos. 43100 céntimos. 43200 céntimos. 43300 céntimos. 43400 céntimos. 43500 céntimos. 43600 céntimos. 43700 céntimos. 43800 céntimos. 43900 céntimos. 44000 céntimos. 44100 céntimos. 44200 céntimos. 44300 céntimos. 44400 céntimos. 44500 céntimos. 44600 céntimos. 44700 céntimos. 44800 céntimos. 44900 céntimos. 45000 céntimos. 45100 céntimos. 45200 céntimos. 45300 céntimos. 45400 céntimos. 45500 céntimos. 45600 céntimos. 45700 céntimos. 45800 céntimos. 45900 céntimos. 46000 céntimos. 46100 céntimos. 46200 céntimos. 46300 céntimos. 46400 céntimos. 46500 céntimos. 46600 céntimos. 46700 céntimos. 46800 céntimos. 46900 céntimos. 47000 céntimos. 47100 céntimos. 47200 céntimos. 47300 céntimos. 47400 céntimos. 47500 céntimos. 47600 céntimos. 47700 céntimos. 47800 céntimos. 47900 céntimos. 48000 céntimos. 48100 céntimos. 48200 céntimos. 48300 céntimos. 48400 céntimos. 48500 céntimos. 48600 céntimos. 48700 céntimos. 48800 céntimos. 48900 céntimos. 49000 céntimos. 49100 céntimos. 49200 céntimos. 49300 céntimos. 49400 céntimos. 49500 céntimos. 49600 céntimos. 49700 céntimos. 49800 céntimos. 49900 céntimos. 50000 céntimos. 50100 céntimos. 50200 céntimos. 50300 céntimos. 50400 céntimos. 50500 céntimos. 50600 céntimos. 50700 céntimos. 50800 céntimos. 50900 céntimos. 51000 céntimos. 51100 céntimos. 51200 céntimos. 51300 céntimos. 51400 céntimos. 51500 céntimos. 51600 céntimos. 51700 céntimos. 51800 céntimos. 51900 céntimos. 52000 céntimos. 52100 céntimos. 52200 céntimos. 52300 céntimos. 52400 céntimos. 52500 céntimos. 52600 céntimos. 52700 céntimos. 52800 céntimos. 52900 céntimos. 53000 céntimos. 53100 céntimos. 53200 céntimos. 53300 céntimos. 53400 céntimos. 53500 céntimos. 53600 céntimos. 53700 céntimos. 53800 céntimos. 53900 céntimos. 54000 céntimos. 54100 céntimos. 54200 céntimos. 54300 céntimos. 54400 céntimos. 54500 céntimos. 54600 céntimos. 54700 céntimos. 54800 céntimos. 54900 céntimos. 55000 céntimos. 55100 céntimos. 55200 céntimos. 55300 céntimos. 55400 céntimos. 55500 céntimos. 55600 céntimos. 55700 céntimos. 55800 céntimos. 55900 céntimos. 56000 céntimos. 56100 céntimos. 56200 céntimos. 56300 céntimos. 56400 céntimos. 56500 céntimos. 56600 céntimos. 56700 céntimos. 56800 céntimos. 56900 céntimos. 57000 céntimos. 57100 céntimos. 57200 céntimos. 57300 céntimos. 57400 céntimos. 57500 céntimos. 57600 céntimos. 57700 céntimos. 57800 céntimos. 57900 céntimos. 58000 céntimos. 58100 céntimos. 58200 céntimos. 58300 céntimos. 58400 céntimos. 58500 céntimos. 58600 céntimos. 58700 céntimos. 58800 céntimos. 58900 céntimos. 59000 céntimos. 59100 céntimos. 59200 céntimos. 59300 céntimos. 59400 céntimos. 59500 céntimos. 59600 céntimos. 59700 céntimos. 59800 céntimos. 59900 céntimos. 60000 céntimos. 60100 céntimos. 60200 céntimos. 60300 céntimos. 60400 céntimos. 60500 céntimos. 60600 céntimos. 60700 céntimos. 60800 céntimos. 60900 céntimos. 61000 céntimos. 61100 céntimos. 61200 céntimos. 61300 céntimos. 61400 céntimos. 61500 céntimos. 61600 céntimos. 61700 céntimos. 61800 céntimos. 61900 céntimos. 62000 céntimos. 62100 céntimos. 62200 céntimos. 62300 céntimos. 62400 céntimos. 62500 céntimos. 62600 céntimos. 62700 céntimos. 62800 céntimos. 62900 céntimos. 63000 céntimos. 63100 céntimos. 63200 céntimos. 63300 céntimos. 63400 céntimos. 63500 céntimos. 63600 céntimos. 63700 céntimos. 63800 céntimos. 63900 céntimos. 64000 céntimos. 64100 céntimos. 64200 céntimos. 64300 céntimos. 64400 céntimos. 64500 céntimos. 64600 céntimos. 64700 céntimos. 64800 céntimos. 64900 céntimos. 65000 céntimos. 65100 céntimos. 65200 céntimos. 65300 céntimos. 65400 céntimos. 65500 céntimos. 65600 céntimos. 65700 céntimos. 65800 céntimos. 65900 céntimos. 66000 céntimos. 66100 céntimos. 66200 céntimos. 66300 céntimos. 66400 céntimos. 66500 céntimos. 66600 céntimos. 66700 céntimos. 66800 céntimos. 66900 céntimos. 67000 céntimos. 67100 céntimos. 67200 céntimos. 67300 céntimos. 67400 céntimos. 67500 céntimos. 67600 céntimos. 67700 céntimos. 67800 céntimos. 67900 céntimos. 68000 céntimos. 68100 céntimos. 68200 céntimos. 68300 céntimos. 68400 céntimos. 68500 céntimos. 68600 céntimos. 68700 céntimos. 68800 céntimos. 68900 céntimos. 69000 céntimos. 69100 céntimos. 69200 céntimos. 69300 céntimos. 69400 céntimos. 69500 céntimos. 69600 céntimos. 69700 céntimos. 69800 céntimos. 69900 céntimos. 70000 céntimos. 70100 céntimos. 70200 céntimos. 70300 céntimos. 70400 céntimos. 70500 céntimos. 70600 céntimos. 70700 céntimos. 70800 céntimos. 70900 céntimos. 71000 céntimos. 71100 céntimos. 71200 céntimos. 71300 céntimos. 71400 céntimos. 71500 céntimos. 71600 céntimos. 71700 céntimos. 71800 céntimos. 71900 céntimos. 72000 céntimos. 72100 céntimos. 72200 céntimos. 72300 céntimos. 72400 céntimos. 72500 céntimos. 72600 céntimos. 72700 céntimos. 72800 céntimos. 72900 céntimos. 73000 céntimos. 73100 céntimos. 73200 céntimos. 73300 céntimos. 73400 céntimos. 73500 céntimos. 73600 céntimos. 73700 céntimos. 73800 céntimos. 73900 céntimos. 74000 céntimos. 74100 céntimos. 74200 céntimos. 74300 céntimos. 74400 céntimos. 74500 céntimos. 74600 céntimos. 74700 céntimos. 74800 céntimos. 74900 céntimos. 75000 céntimos. 75100 céntimos. 75200 céntimos. 75300 céntimos. 75400 céntimos. 75500 céntimos. 75600 céntimos. 75700 céntimos. 75800 céntimos. 75900 céntimos. 76000 céntimos. 76100 céntimos. 76200 céntimos. 76300 céntimos. 76400 céntimos. 76500 céntimos. 76600 céntimos. 76700 céntimos. 76800 céntimos. 76900 céntimos. 77000 céntimos. 77100 céntimos. 77200 céntimos. 77300 céntimos. 77400 céntimos. 77500 céntimos. 77600 céntimos. 77700 céntimos. 77800 céntimos. 77900 céntimos. 78000 céntimos. 78100 céntimos. 78200 céntimos. 78300 céntimos. 78400 céntimos. 78500 céntimos. 78600 céntimos. 78700 céntimos. 78800 céntimos. 78900 céntimos. 79000 céntimos. 79100 céntimos. 79200 céntimos. 79300 céntimos. 79400 céntimos. 79500 céntimos. 79600 céntimos. 79700 céntimos. 79800 céntimos. 79900 céntimos. 80000 céntimos. 80100 céntimos. 80200 céntimos. 80300 céntimos. 80400 céntimos. 80500 céntimos. 80600 céntimos. 80700 céntimos. 80800 céntimos. 80900 céntimos. 81000 céntimos. 81100 céntimos. 81200 céntimos. 81300 céntimos. 81400 céntimos. 81500 céntimos. 81600 céntimos. 81700 céntimos. 81800 céntimos. 81900 céntimos. 82000 céntimos. 82100 céntimos. 82200 céntimos. 82300 céntimos. 82400 céntimos. 82500 céntimos. 82600 céntimos. 82700 céntimos. 82800 céntimos. 82900 céntimos. 83000 céntimos. 83100 céntimos. 83200 céntimos. 83300 céntimos. 83400 céntimos. 83500 céntimos. 83600 céntimos. 83700 céntimos. 83800 céntimos. 83900 céntimos. 84000 céntimos. 84100 céntimos. 84200 céntimos. 84300 céntimos. 84400 céntimos. 84500 céntimos. 84600 céntimos. 84700 céntimos. 84800 céntimos. 84900 céntimos. 85000 céntimos. 85100 céntimos. 85200 céntimos. 85300 céntimos. 85400 céntimos. 85500 céntimos. 85600 céntimos. 85700 céntimos. 85800 céntimos. 85900 céntimos. 86000 céntimos. 86100 céntimos. 86200 céntimos. 86300 céntimos. 86400 céntimos. 86500 céntimos. 86600 céntimos. 86700 céntimos. 86800 céntimos. 86900 céntimos. 87000 céntimos. 87100 céntimos. 87200 céntimos. 87300 céntimos. 87400 céntimos. 87500 céntimos. 87600 céntimos. 87700 céntimos. 87800 céntimos. 87900 céntimos. 88000 céntimos. 88100 céntimos. 88200 céntimos. 88300 céntimos. 88400 céntimos. 88500 céntimos. 88600 céntimos. 88700 céntimos. 88800 céntimos. 88900 céntimos. 89000 céntimos. 89100 céntimos. 89200 céntimos. 89300 céntimos. 89400 céntimos. 89500 céntimos. 89600 céntimos. 89700 céntimos. 89800 céntimos. 89900 céntimos. 90000 céntimos. 90100 céntimos. 90200 céntimos. 90300 céntimos. 90400 céntimos. 90500 céntimos. 90600

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al tal lo advierte el interesado. En el sobre indicarse: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

[Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Una Inglesa se apea precipitadamente del tren en una estación de las provincias vascongadas. Muy apurada se dirige al primer aldeano que ve:

—¿Dónde está el Water-cloos, me hace el favor?
[El aldeano muy extrañado.] ¡Ah, yo no sé, como no sea aquel del sombrero de paja que está allí!

Potolero.—Burgos.

En una esquina había un borracho que, en cuanto pasaba alguien por allí, empezaba a gritar:

—¡Ah! ¡hay un valiente para otro valiente!

Muchos pasaban y seguíen su camino amodorrados. Por fin, uno se encara con él y le dice:

—Buen amigo, aquí está el valiente que usted necesita. ¿Qué se le ofrece?

—Póngase en esta esquina el borracho se pone en la esquina de enfrente y sigue gritoando:— ¡Ah! hay hoy valientes para otros dos valientes!

Enrique Soría.—Madrid.

En una conferencia por civilización, un alemán se lamenta: «Si, señores; pueco que sea fanatismo. Según por, es que se lo prohíbe su Religión mahometana que le prohíbe comer jamón y demás partes del cerdo...»

[Un oyente interrumpiendo.] Señor orador, hay otros que también lo prohíben... «eso».

[Luj 11.]

—Sí, señores; la de los pobres de solemnidad... que sólo lo ven en los escaparates.

Rafael Vázquez Ramírez.

Aquí, como en la China, dice la gente a coro, nada hay para la boca como el Lleor del Pelo.

—¿En qué se parecen las mujeres en invierno a los sargacitos?

—En que ves a... brigades.

Sanlago Santacru.—Madrid.

La última cena del condenado a muerte.

[UF Ostrés. Gracias; pero no las tomo porque figuren entendiendo que transmiten el lífio.

Gratífia.

Al regreso de una penosa marcha el capitán levanta a los soldados de su compañía a una abundante comida.

—Vámonos, muchachos, a comer bien y no dejar nada en la mesa; figuraros que acostada una lecha con el enemigo y hay que vencerlo! Al poco rato observa el capitán que un soldado se esconde una botella de vino.

—¿Qué haces, muchacho?—le pregunta.
—Mi capitán: en la guerra, el que no muere, se le hace prisionero.

P. B. Troyol.—Madrid.

En el Conservatorio de Música. El profesor.—No, no; todavía está usted muy atrasado en la lección de piano.

El alumno.—Sí; lo reconozco, pero reconozco usted tan bien que esto del piano tiene muchas cosas que leclar.

J. Melá Asunción.—Valencia.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PARIS y BERLIN
Gran premio
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y extirpar siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar al pelo para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y figura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostreros granulosos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y la hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis, disminuir los rostreros, manchas o envilecidos lozania y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza a la estructura y a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complacé a la persona más exigente. Juvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarse se notan sus benéficos resultados, obteniendo el cutis gran figura, hermosa y juvenil.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que pueden perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo por extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No manche, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 886	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR

GALINDO



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿Qué tal van esas cosechas, señor Matías?

—Muy mal, señor cura. Como que si el Directorio no ordena que llueva, me parece que nos vamos a arruinar.

Ayuntamiento de Madrid